

PUNTO
ROJO

horas de pesadilla

burton hare

B&B





BURTON HARE

HORAS DE PESADILLA

Col. PUNTO ROJO n.º 159
Publicación semanal
Aparece los SABADOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA



Depósito Legal B 9385 - 1965

Printed in Spain - Impreso en España

1.ª edición: mayo 1965

© BURTON HARE - 1965
sobre el texto literario

© DESILO - 1965
sobre la cubierta

© COSTA - 1965
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1965

N. R. 1332/65

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección PUNTO ROJO:

157 — Muerte en el paraíso.

En Colección SERVICIO SECRETO:

767 — A la muerte le gusta el jazz.

En Colección ARCHIVO SECRETO:

48 — Un crimen a la medida.

CAPÍTULO PRIMERO

Fue una de esas cosas estúpidas que suceden a veces cuando uno menos puede pensar en ellas. Empiezan sencillamente y parece que vayan a terminar de la misma manera, y, por regla general, así es. Acaban y uno no vuelve a recordarlas en todos los días de su vida.

Aquella pareció que iba a ser de esa clase.

Empezó justamente cuando regresaba a casa después de haber pasado parte de la noche en un espectáculo frívolo. Llevaba unos días en la más completa inactividad y de alguna manera había que matar el aburrimiento.

Mi domicilio está en el último recodo de Glencairn Road, en un paraje un tanto salvaje en lo que a vegetación se refiere. No es más que un pequeño *bungalow* edificado en un lote de terreno inclinado en la falda de la colina. Resulta un lugar tranquilo e independiente para vivir, pero muy solitario a altas horas de la noche. De vez en cuando, alguno de los coches que regresan de los cabarets de la costa acortan camino y pasan por delante de mi casa, lo cual, rompe el silencio del paraje, pero por regla general aquello es un desierto en cuanto cae la noche.

Bien; acababa de estacionar el coche cuando unos brillantes faros doblaron la curva y el auto pareció que iba a pasar de largo. Sin embargo, no fue así. Lo vi detenerse a cierta distancia de donde yo estaba, se abrió la portezuela de la derecha y durante unos instantes no sucedió nada. Después, un bulto cayó al asfalto y rodó sobre sí mismo hasta detenerse a un metro del vehículo.

Pegué un respingo y salté fuera de mí «Dodge», pero el otro coche ya había emprendido la marcha y me pasó casi rozando con un violento desplazamiento de aire, pero sin un solo rumor. Pude advertir que se trataba de un brillante «Bentley» último modelo, uno de esos autos de siete mil dólares.

Se perdió de vista tras la próxima curva con el mismo silencio fantasmal de una aparición. Un excelente motor sin duda.

Corrí hacia el hombre que había quedado tirado en el suelo, imaginando que iba a enfrentarme con un cadáver, pero tras el primer examen comprendí que solo se trataba de un tipo inconsciente a causa de una descomunal borrachera. Olía a *whisky* que mareaba, su pesada respiración era dificultosa y entrecortada y no parecía darse cuenta ni de que vivía.

Permanecí unos instantes perplejo, sin saber qué hacer con semejante piltrafa. Finalmente, decidí que no podía dejarlo tirado en medio de la calle, expuesto a que cualquier coche lo aplastase, de manera que, tras algunos

esfuerzos, conseguí cargármelo a la espalda como un saco de patatas y anduve a trompicones hasta mi *bungalow*.

El tipo pesaba una barbaridad, así es que cuando me libré de él respiré con gran alivio. Estuve unos segundos contemplando a mí forzado huésped, tendido sobre el diván, y preguntándome cómo demonios iba a conseguir devolverlo al mundo de los vivos.

Era un tipo de agradable apariencia, con hombros desarrollados y cuerpo largo y fuerte. No pasaría de los treinta y cinco años, pero mechones de cabellos grises salpicaban su cabeza, con lo que adquiría un aspecto de más edad, aunque también de distinción.

Decidí que un café bien cargado conseguiría reanimarlo lo suficiente para perderlo de vista, de manera que entré a la pequeña cocina y puse agua a calentar.

Encendí un cigarrillo mientras aguardaba. El beodo se removió un poco y dejó escapar un gemido, pero eso fue todo. Siguió tan inconsciente como antes.

Tuve ciertas dificultades para hacerle tragar el café sin azúcar. Temí que fuera a ensuciarme la alfombra con su reacción, pero resultó un borracho educado, o con larga experiencia. Se dominó perfectamente y comenzó a rebullir en el diván. Finalmente, abrió los ojos y trató de enfocarme sin conseguirlo.

Le hice engullir otro tazón del negro brebaje. Se estremeció de arriba abajo y entonces tiré de él, dejándolo sentado y con la cabeza apoyada en el respaldo.

—¿Cómo se encuentra? —dije para acelerar su recuperación.

Hizo tremendos esfuerzos para verme. Debió lograrlo al final porque murmuró con lengua tartajosa:

—¿Quién es... usted, compañero?

—Santa Claus.

—¿Qué?

—Respire hondo y trate de estarse quieto. Voy a darle un poco más de café y se sentirá mejor.

—¿Dónde estoy? No reconozco nada de esto...

No le hice caso y le escancié más café. Esta vez lo tragó con evidentes muestras de náuseas, pero una vez más consiguió retener dentro lo que parecía agitarse y saltar en su barriga a juzgar por la manera cómo se estremecía.

—Está bueno —comentó cuando pudo dominarse.

—Soy una excelente ama de casa. ¿Se siente bien?

—No creo que me encuentre bien en un millón de años. ¿Es esta su casa, compañero?

—Ajá.

—No comprendo cómo he venido a parar aquí. ¿O nos conocemos de alguna parte?

—No nos habíamos visto nunca hasta esta noche. Yo le he recogido del asfalto, tal como suele decirse.

—No le entiendo...

—Alguien le ha arrojado a usted desde un coche, uno de esos autos importados que cuestan un ojo de la cara. No he tenido que hacer más que cargármelo a la espalda y entrarle en casa.

—Gracias... esa ha sido Norma.

—¿Quién?

—La que conducía el «Bentley».

—Parece que no le tiene simpatía, ¿eh?

—No...

Me miró con fijeza. Su cabeza oscilaba un poco todavía. El café estaba despejándole a pasos de gigante, pero no conseguiría quitarle el aturdimiento.

Con voz estropajosa murmuró:

—Ella... bueno, todavía es mi mujer.

—¡No me diga! —exclamé estupefacto—. Parece que su cariño hacia usted es volcánico...

Seguía mirándome con fijeza. Hizo una mueca al oírme y gruñó:

—Está burlándose de mí... ¿por qué no me llama también borracho? Está en su derecho...

—Usted sabe perfectamente que está borracho, de manera que no tengo necesidad de recordárselo. ¿Quiere más café?

Sacudió la cabeza de un lado a otro. Repitió entre dientes:

—Es mi mujer... por lo menos durante unas horas.

—Bueno.

—Pasado mañana se fallará el divorcio.

—Está bien.

—Ella lo ganará, naturalmente. Norma siempre gana.

—Tal vez es más lista que usted.

Negó con un gesto.

—Tiene los millones, usted sabe... muchos millones... aunque todo esto no le importa nada a usted, compañero.

—Nada en absoluto.

Se tambaleó de un lado a otro y pensé que iba a caer tumbado en el diván, pero se recostó pesadamente y logró guardar el equilibrio. Sus ojos no se apartaban de mí.

—Usted es de los buenos, compañero —balbuceó—. ¿Cómo se llama?

—Mark Benson.

—No le conozco...

—Ya buscaremos alguien que nos presente —dije de mal talante. Comenzaba a cansarme de él.

No obstante, el tipo seguía flotando en unas regiones en que las cosas son distintas de las normales. Tras un titubeo murmuró:

—Mi nombre es Dave Fleming.

—Felicidades.

Entré en la cocina y preparé un café para mí. Con un tazón humeante regresé a la salita. Fleming había encendido un cigarrillo y fumaba con la cabeza en el respaldo y los ojos cerrados.

—No vaya a dormirse aquí, compañero —le advertí—. Mis dotes de samaritano no llegan hasta ese extremo.

Parpadeó y me miró. Intentó sonreír y lo consiguió solo a medias.

—Usted es un gran tipo, Benson —barbotó—. Me gustaría poder hacer algo por usted.

—Y puede hacerlo.

—¿De veras?

—Lárguese y deje que me acueste. Eso es lo mejor que puede hacer por mí.

—No habla usted en serio, ¿eh? —exclamó, sacudiendo la cabeza de un lado a otro, como si quisiera despejarla—. La verdad es que me encuentro bien aquí... ¿Le he dicho que ha sido mi mujer quien me ha arrojado a la calle?

—Sí.

—Una sucia jugada, ¿no cree? Después de todo, si he bebido ha sido por su culpa... he estado suplicándole toda la noche que no siguiera adelante con su demanda. Se ha reído de mí.

—Bueno.

—Se ha burlado y me ha dedicado los peores insultos... por eso he bebido...

Sentí grandes deseos de arrojarlo por la ventana y librarme de él definitivamente, pero aguanté un poco más todavía. A pesar de que ya podía hablar con más o menos coherencia, el pobre tipo seguía medio beodo...

Y añadió:

—¿Sabe lo que pensaba hacer?

—Tal vez pegarse un tiro —gruñí, aburrido.

—¿Pegarme un tiro? No... Matarla a ella.

—Una idea genial.

—De veras, Benson —remachó, con esa pesadez de los borrachos—. Pensaba matarla. Y he seguido pensándolo mientras bebía...

—Y entonces ha cambiado de idea. Un chico sensato, de veras.

—¿No me cree usted?

—¿Por qué no tendría que creerlo? Los crímenes pasionales son los más corrientes hoy en día.

—No sé si se burla de mí o si solo me sigue la corriente porque estoy bebido... sea como sea, lo he pensado seriamente. Incluso he salido de casa con una pistola en el bolsillo.

Eso me dio un poco que pensar. Un borracho con un arma al alcance de la mano no es como para tranquilizar a nadie.

—¿Qué pistola? —indagué, pensando que si me la mostraba sería fácil quitársela.

—Una «Beretta»... la traje de Italia hace años...

Hundió la mano en el bolsillo de atrás del pantalón. Elaboré mentalmente algunas excusas para quitársela de las manos, pero en aquel instante se envaró y quedóse inmóvil, con la mano aún en el bolsillo, mirándome estúpidamente.

Hasta que barbotó:

—Usted me la ha quitado, compañero...

—¿Qué?

—La llevaba en este bolsillo y ahora no está... me la ha quitado usted, ¿eh, Benson? Debe haberse llevado un susto al encontrármela...

—Está diciendo tonterías, Fleming. No he visto ninguna pistola. ¿Está seguro que la llevaba en el bolsillo?

—¡Claro que estoy seguro! —estalló, enderezándose—. Incluso recuerdo que he colocado una bala en la recámara y he puesto el seguro... ¿De veras no me la ha quitado usted?

—¿Por qué tendría que haberlo hecho? Además, no se me ha ocurrido registrarle...

Se quedó pensativo unos instantes. Luego, con voz contenida en la que vibraba la ira, murmuró:

—Ella debe haberse apoderado de la pistola... La grandísima zorra.

—Tal vez le ha caído cuando le ha arrojado fuera del coche. Vamos a dar un vistazo a la calle.

Tuvo que apoyarse en mí para andar. Sus piernas no estaban muy seguras todavía y se tambaleaba lentamente.

De todas formas, no encontramos el menor rastro de la pistola en toda la calle. Mientras regresábamos a la casa, él masculló una y otra vez:

—Ella ha sido, esa zorra...

Se derrumbó de nuevo sobre el diván. Mientras el tipo estuvo con la boca cerrada, imaginando insultos con que aplastar a su mujer, yo reflexioné sobre la desaparición de la automática. No me parecía muy plausible su idea. Seguramente, dentro del coche había viajado derrumbado como un fardo, de manera que la pistola pudo deslizarse de su bolsillo durante el trayecto...

Cuando se aclaró un poco más su turbio cerebro le expuse esta idea. Se tranquilizó inmediatamente porque él también deseaba creer en ella.

—Seguro que ha sido así —gruñó—. Mi «Beretta» debe estar en cualquier rincón del asiento... la buscaré cuando llegue a casa esta noche.

—Hágalo. Las armas no pueden manejarse con tanto descuido.

—Usted es un tipo con ideas, Benson —exclamó de pronto—. Me gusta... ojalá pudiera hacer algo por usted. Sí, ya sé, largarme —sonrió y esbozó un además incierto; ya me lo ha dicho antes.

Se levantó dando bandazos, pero logró mantener la vertical tras unos intentos que me parecieron heroicos. Y me sorprendió con otra pregunta:

—¿En qué trabaja usted, Benson?

—Investigador.

Lo pensó durante unos segundos. Después gruñó:

—¡No me diga que es un detective privado!

—Usted lo ha dicho.

—Diantre, pensaba que solo existían ustedes en los cuentos de la televisión... pero me alegro de haberle conocido.

—Yo también.

—Bueno, bueno, ya me largo, no ponga esa cara...

Se desplazó en busca de la puerta y le acompañé hasta ella. Allí se detuvo y estrechó mi mano con entusiasmo.

—Le estoy muy agradecido, Benson... es usted un tipo decente... Tal vez nos veamos alguna otra vez.

—Lo dudo. Nos movemos en mundos distintos usted y yo.

—Tonterías.

Dejó de sacudir mi mano y yo abrí la puerta. Entonces dije:

—Creo que será mejor que le acompañe con el coche hasta la parada de taxis...

—Nada de eso. Andar me sentará bien. Gracias otra vez, detective. No todo el mundo habría hecho lo que usted...

—Que tenga suerte, Fleming.

—Sí, suerte... con la separación encima...

—Hay otras mujeres en Los Ángeles, digo yo...

—Pero no como Norma. Cuando se la ha amado a ella ya no... Pero eso no le importa a usted.

Se alejó luchando bravamente por mantenerse erguido. Solo lo consiguió a medias, pero pude verle desaparecer de mí vista manteniéndose sobre sus pies como todo un hombrecito.

Retrocedí y cerré la puerta. Me dije que ya no volvería a verle nunca más.

Me equivoqué.

CAPÍTULO II

Tres días después de mi encuentro con Dave Fleming llegué a mi despacho más pronto de lo que tenía por costumbre. Justo la noche anterior había terminado una investigación de rutina para una compañía de seguros y solo me faltaba poner en limpio el informe para cobrar la cuota estipulada, así es que me dediqué durante media hora a martirizar la vieja máquina de escribir con un entusiasmo equivalente a doscientos dólares.

Después de esa agotadora tarea encendí un cigarrillo y eché el sillón hacia atrás, satisfecho de mí mismo.

Entonces se abrió la puerta con tanta violencia que estuvo a punto de saltar de sus goznes y Dave Fleming quedó enmarcado en el umbral.

—Le dije que volveríamos a vernos —tartajeó a modo de saludo.

No parecía tan borracho como la otra vez, pero estaba haciendo todos los posibles para batir su propia marca.

—Cierre la puerta y siéntese —dije sin disimular mi disgusto por su manera de presentarse—. No quiero que me vomite en el umbral.

—Bueno, no estoy tan mal como todo eso...

Pero cerró y fue a derrumbarse sobre la butaca. Sus piernas apenas le sostenían.

—¿Es que nunca está usted sobrio, Fleming? —le espeté.

—Solo de vez en cuando...

—Apenas son las diez de la mañana y está usted a punto de naufragar. ¡Diablos con los aristócratas! ¿A qué hora ha empezado a beber?

Arrugó el entrecejo y trató de alisarse el alborotado pelo. Después refunfuñó:

—La verdad es, Benson, que empecé anoche.

—¿Anoche? Ya veo... quiso celebrar su libertad, ¿eh?

—No le entiendo...

—¿No fue ayer cuando se falló el divorcio?

—Sí... Sigue usted burlándose de mí. Está bien, hay mucha gente que se ríe de mí esta mañana, de manera que uno más no importa. ¿Leyó los periódicos de ayer tarde?

—No; tuve trabajo. ¿Por qué?

—No tiene importancia. Gastaron ríos de tinta con mi divorcio... No me dejaron en muy buen lugar, usted sabe. Los millones de papaíto hicieron presión y ella apareció como una niña desvalida y atormentada por una especie de ogro llamado Dave Fleming.

—*Okay*, la tomaron con usted y decidió pillar una borrachera de

campeonato. Lo que no comprendo es qué diablos tengo yo que ver con eso.

Tardó en responder. Con dedos inseguros tanteó sus bolsillos y sacó un arrugado paquete de cigarrillos, extrajo uno, lo alisó dificultosamente y le prendió fuego. Aspiró el humo voluptuosamente, llenándose los pulmones y expeliéndolo después con una especie de largo suspiro.

Entonces masculló:

—Lo crea o no, Benson, no tenía a nadie con quien hablar. La verdad es que me sentía como un perro callejero... Creo que todavía me siento igual, pero por lo menos usted es un tipo decente.

—Ha escogido mal su paño de lágrimas, Fleming. No sirvo para eso.

—Quiero que me escuche, Benson —soltó entre dientes—. Estoy asustado.

—Lo que está usted es asquerosamente borracho —le solté abruptamente—. ¿Por qué infiernos no deja de beber de vez en cuando, aunque solo sea para variar de costumbres?

—No lo comprende...

—¿De qué está asustado, de acabar reventando de *delirium tremens*?

—Tengo miedo de matar a Norma —confesó con voz sorda.

Solté un juramento y me recosté otra vez en el sillón. Pero sus palabras me recordaron otra cosa y le pregunté:

—Dígame, Fleming: ¿encontró la pistola en el coche?

—Sí... pero no lo recordé hasta el día siguiente. Estaba caída en el suelo, medio oculta por la alfombrilla de goma.

—Ya veo...

—Créame, Benson... estoy perdiendo la razón, ¿se da cuenta? Sé que sería capaz de matarla aunque después tuviese que pegarme un tiro yo también.

—Tómelo con calma. No hay ninguna mujer que valga pagar un precio tan alto por ella.

—Usted no puede comprenderlo... Una vez se ha tenido a Norma entre los brazos y se han sentido sus infernales caricias se ha deseado morir antes que perderla... cuando se la ha amado...

—Eche el freno, compañero —le atajé, molesto—. No necesita hacerme propaganda de su ex mujer. No me interesa.

—Dígame; ¿ha estado enamorado alguna vez, Benson?

—Caray, docenas de veces.

—No me refiero a eso y usted lo sabe.

—Está bien, no; jamás he perdido la cabeza por una dama. ¿Qué pasa con eso?

—Nada, solo que no puede entender lo que le digo.

—Cualquiera diría que esa Norma es una diosa o un pozo de virtudes...

—Es una zorra —exclamó, atragantándose con el humo. Tosió violentamente y aplastó el medio cigarrillo en el cenicero. Tras esto prosiguió con su idea—: Una víbora depravada y viciosa y cuyos caprichos son órdenes que hay que acatar a rajatabla... no se detiene ante nada con tal de conseguir sus sucios anhelos porque sabe que los millones de su padre la cubren en todos los terrenos...

—Vuelvo a preguntarle lo mismo de antes; ¿por qué ha venido a contarme todo esto?

Se encogió de hombros.

—No lo sé, excepto que deseaba hablarle a alguien que no se riera de mí a carcajadas.

Abrió el último cajón de la mesa y saqué un frasco de *whisky* aplanado. Fleming se irguió un poco cuando eché un trago y sus ojos brillaron con irresistible ansia.

Le alargué la botella.

—Tome un trago —dije con un gruñido—; pero no lo vacíe, es todo el que me queda.

Engulló glotonamente una buena cantidad de licor y al devolverme el frasco farfulló:

—Usted es un gran tipo, Benson...

—Un tipo decente, ya lo ha dicho varias veces. ¿Qué va usted a hacer ahora?

—Largarme, naturalmente. Estoy sin un centavo, ¿comprende lo que eso significa después de haber vivido en la opulencia y con una mujer como Norma?

—Se me antoja que no ha sabido aprovechar el tiempo mientras ha tenido la fortuna de su mujer al alcance de la mano.

—Mucha gente cree que me casé con ella por su dinero... Tonterías, Benson. Yo la amaba... la amo todavía.

—¿Y solo se larga de aquí por ese motivo?

—Hay algo más... mí querido suegro se ha dignado premiar mi conformidad si me voy a la otra parte del país.

—Muy generoso de su parte.

—A Nueva York... No me gusta Nueva York —refunfuñó de mal talante—. Sin embargo, solo cuando esté allí cobraré ese dinero.

—Bueno, tal vez pueda rehacer su vida lejos de este ambiente.

Sacudió la cabeza.

—¿Sabe lo que piensa hacer ella ahora?

Me encogí de hombros. Ya estaba cansado de aguantar semejante lata.

—No —dije—, y no me importa.

—Va a casarse otra vez —añadió, ignorando mi comentario—. Y lo hará dentro de unos días. Le apuesto que me enviará una invitación para la

boda —rio con amargura y añadió con voz rota—: Ella es así. Le gusta reírse de los desgraciados a quienes aplasta.

—Ya basta, Fleming —estallé—. ¿Por qué no intenta dejar de compadecerse de sí mismo?

Tampoco me hizo caso. Su cabeza oscilaba levemente, insegura. Me fijé también en el temblor de sus manos.

—Y lo cierto es que no tendría ninguna necesidad de casarse con esa sanguiuela... hace mucho tiempo que tienen relaciones... y se reúnen de vez, en cuando en casa de él...

—¿Usted sabía eso y se ha dejado llenar de fango en el proceso de separación? —exclamé, estupefacto.

—Lo supe hace apenas unos días...

—Para el caso es lo mismo.

—No podía utilizarlo, Benson... la amo, usted sabe y, además, su padre me hubiera hundido para toda la vida. Tiene un poder inmenso.

—Empieza a darme usted asco, compañero. Un hombre no debe dejarse aplastar como una cucaracha, maldita sea...

—Usted no conoce a los Arkwright. Creo que todos tienen algo de locos, ¿comprende? Aunque solo la hermana de Norma lo esté en realidad.

—Arkwright... yo he oído ese nombre alguna vez.

—Seguro. Los periódicos no se cansan de publicar noticias sobre ellos. Representan el prototipo de norteamericano modelo, ya sabe lo que quiero decir. Tienen todas las virtudes que proporcionan los millones y ningún defecto, aunque la hija...

—Ahora recuerdo —le atajé—. Pozos de petróleo y fundiciones de acero, ¿es eso?

—Ajá... También posee algunos otros negocios, pero esos son los puntales de su fortuna. Millones y millones...

—Y una hija loca.

Hizo una mueca antes de gruñir:

—Las dos lo están cada una a su manera. Solo que Dawne es retrasada mental creo yo, aparte de poseer todos los complejos que los psiquiatras han inventado hasta la fecha. Aunque, según mi opinión, lo único que la vuelve loca es saberse fea y desgarbada, mientras que Norma es maravillosamente hermosa... Dawne sabe que ningún hombre se le acercará jamás atraído por sus encantos. Si desea a alguno tendrá que comprarlo con el dinero de papá.

—Ya basta, Fleming —estallé finalmente—. Mi resistencia tiene un límite. Comprenda que la familia Arkwright no me importa en absoluto por muy degenerada que sea. ¿Quiere otro trago antes de largarse?

Se agarró a la botella como un sediento en el desierto. Si no se la hubiera arrebatado a tiempo no habría dejado ni una gota.

—Ahora me siento mejor —tartajeó penosamente—. Creo que tendré que hacer algo antes de marcharme al Este...

Se levantó cómo pudo. Eructó, me miró de reojo y pidió disculpas como todo un caballero. Entonces recordé la pistola y sus últimas palabras se me antojaron cargadas de dinamita.

Salí de detrás de la mesa y le sujeté por el brazo cuando iniciaba la marcha hacia la puerta.

—Un momento, Fleming... ¿Dónde tiene la pistola?

Me miró, desconcertado.

—En el bolsillo, ¿por qué quiere saberlo?

Antes que pudiera darse cuenta de lo que pretendía, la brillante «Beretta» estaba en mí poder. Desde luego, era una buena automática. Los italianos saben hacer algunas cosas más aparte de canta ópera.

—De momento voy a quedarme con ella —le dije con expresión resuelta—. Así estoy seguro de que no cometerá ninguna estupidez.

Pareció que iba a protestar, incluso una oleada de sangre inundó sus mejillas; no obstante se calmó pronto y abatió la cabeza, vencido.

—Creo que es lo mejor —farfulló entre dientes—. Me gustaría recompensarle por la paciencia que ha tenido conmigo, pero hasta que llegue a Nueva York...

—Olvídelo —dejé el arma sobre el escritorio y le escolté hasta la puerta. Una vez allí estreché su mano, le deseé un buen viaje y él se fue, desapareciendo engullido por el ascensor.

Regresé al interior y me dejé caer en mi sillón. Mentalmente, mandé a Fleming al diablo y aposté conmigo mismo que ya no volvería a verlo jamás. Se aclimataría al ritmo de vida de Nueva York y allí se quedaría.

Casi acerté esta vez. Casi solamente.

Entonces recordé la pistola y la tomé, examinándola con curiosidad. Era la primera arma de aquella clase que tenía entre manos y siempre he sido aficionado a esta clase de trastos...

De repente tuve un sobresalto y acerqué el cañón a mí nariz. Olía a pólvora quemada que apestaba.

Noté un interminable escalofrío por todo el cuerpo. La pistola había sido disparada recientemente...

Muy recientemente.

CAPÍTULO III

Guardé la «Beretta» en la caja fuerte y regresé a la mesa más preocupado de lo que quería confesarme a mí mismo. Aquella maldita pistola iba a quitarme el sueño en más de una noche.

Maquinalmente, doblé el informe para la compañía de seguros, lo introduje en un sobre y me dispuse a abandonar el despacho. Si seguía pensando en Fleming y sus malditos problemas acabaría tan loco como él.

En aquel instante sonó el teléfono, de manera que volví atrás y lo descolgué con la esperanza de que fuera el anuncio de un buen trabajo.

Una voz de mujer preguntó:

—¿Míster Benson?

—Al habla.

—¿Míster Benson, el detective privado?

—Sí, sí. ¿En qué puedo servirla?

—Le habla a usted Norma Arkwright.

Casi solté el auricular, tanto me sorprendió escuchar aquella voz. No obstante hablé con la misma naturalidad de costumbre.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Venga a verme. Quiero hablar de cierto asunto con usted, míster Benson.

Tenía una manera de decir las cosas autoritaria, de persona acostumbrada a mandar y a ser obedecida al instante. Era una voz profunda y sensual incluso dentro de su tono resuelto.

—Estoy muy ocupado esta mañana —dije, impulsado por un extraño deseo de llevarle la contraria—. Puede usted acudir a mí despacho por la tarde si precisa mis servicios.

—Creo que no me ha comprendido usted bien, míster Benson —murmuró con voz semejante a un tímpano de hielo—. Usted cobra por su trabajo y yo estoy dispuesta a pagarle por él. Quiero que esté aquí en una hora, eso es todo.

—Lo lamento, pero...

—No he terminado todavía, si usted insiste en hacerme perder el tiempo —me atajó—. Yo compro su tiempo sin regatearle el precio. ¿Está eso lo bastante claro para su inteligencia?

—Ya veo...

—¿Quiere anotar mi dirección ahora, por favor?

Me extrañó que pidiera algo por favor, pero anoté sus señas y antes que pudiera pronunciar una palabra más ella había colgado. Una dama amable

como un cactus. Noté que mi simpatía por Dave Fleming aumentaba algunos puntos.

Aproveché la salida para entregar mi informe a la compañía de seguros, aunque no aguardé los trámites para cobrar y me dirigí hacia la parte alta de Beverly Hills. Localizar la dirección que la altiva millonaria me había dado me costó no pocos rodeos, pero finalmente llegué a buen puerto gracias a las indicaciones de los guardias de un coche-patrulla a quienes consulté.

Era una residencia con un inmenso jardín parecido a una selva virgen, excepto en los bordes del ancho paseo que conducía a la casa. Y esta también le dejaba a uno sin aliento al imaginar su coste. Tendría veinte habitaciones como mínimo, aparte de todo lo demás que se espera encontrar en un palacio semejante. Una plazoleta frente a la puerta servía de aparcamiento y cuando estacioné mi auto ya había allí el «Bentley» que conociera frente a mí casa, un gran «Cadillac» negro y rutilante de cromados y un largo «Jaguar» de dos asientos, descapotado. Me pregunté si en los garajes tendrían otra media docena de vehículos solo para uso de la servidumbre.

Me recibió un mayordomo anciano que parecía arrancado de una novela de Dickens. Su escaso cabello semejaba un surtido de hilos de plata.

—¿Míster Benson? —indagó con voz suave.

—Sí; están esperándome.

—En efecto, señor. ¿Tiene la amabilidad de seguirme, por favor?

Un poco intimidado por aquella reliquia, anduve pisando con cuidado el reluciente *parket* hasta que me abandonó en un salón tan grande como la sala de un cuartel de infantería. En el aire flotaba un suave perfume apenas perceptible pero que se adueñaba de los sentidos como una droga. Cómodos muebles estaban esparcidos estratégicamente, con almohadones en el inmenso diván, en el suelo y por los rincones. Había una alfombra blanca en la que los pies se hundían hasta el tobillo.

Un gran ventanal daba al jardín, y su luz era tamizada por finas cortinas. Un lugar en el que no me gustaría vivir.

No oí ningún rumor, pero la voz me sorprendió cuando examinaba un pequeño cuadro colgado cerca de la ventana.

—Me satisface que haya sido puntual —manifestó la voz.

Giré en redondo, disponiéndome a darle la réplica oportuna, pero no llegué a pronunciar ni una palabra. Me quedé sin aliento y casi deslumbrado por lo que estaba viendo.

Era una dama tan hermosa que uno creía estar soñando. Su cuerpo parecía modelado por un escultor de esos que se dan cada mil años, y sobre la armoniosa línea de sus formas se erguía una cabeza altiva y adornada con unos ojos color violeta, destellantes y profundos que hacían pensar en los de una pantera negra agazapada en las sombras de la selva.

Y sus labios húmedos y rosados, apenas maquillados, tenían la fuerza de un imán. En un segundo comprendí a Fleming y deseé haber estado más amable con él.

La contemplé mientras atravesaba el salón. Entre su andar ondulante y sensual y la alfombra daba la sensación de que no tocaba el suelo. Creo que mi presión arterial subió como un cohete hasta rozar el punto de ruptura.

—Siéntese —ordenó, señalando el diván.

Me dejé caer en él. Súbitamente recobré la voz.

—¿Es rea! ente tan urgente lo que tiene que discutir conmigo?

—Para mí sí.

Eso era todo. Siendo urgente o importante para ella debía serlo para el resto del mundo.

Preparó unas bebidas sin preguntarme cuál deseaba yo, y cuando tuvo los vasos empañados por el hielo vino a sentarse junto a mí, en el diván. Noté que el perfume que impregnaba el ambiente se agudizaba cuando ella estaba cerca. Dudé al considerar si se trataría realmente de un perfume o era el aroma que se desprendía de su cuerpo.

Probé el vaso que me entregó. Era un whisky como muy pocas veces había saboreado en mi vida. Ella dijo:

—Sé que mí... que Dave estuvo hablando con usted.

—Así es. Yo lo encontré después que usted lo arrojó fuera de su coche.

—Él me dijo que usted se portó igual que un buen samaritano...

Se echó a reír. Su risa era semejante a su voz, y tan ardiente como su misma presencia.

Esperé a que acabase con su hilaridad. Mientras, vacié la mitad del contenido de mi vaso, no sin experimentar la alteración que su proximidad provocaba.

Tras la risa comentó:

—Usted debió formarse una lamentable opinión de mí. ¿No es cierto, míster Benson?

—Usted no es de las mujeres que se preocupan por las opiniones de los demás.

—Tiene toda la razón, jamás me ha preocupado lo que piensen de mí. Supongo que Dave le haría un buen retrato mío.

—Algo me dijo.

—El pobre, está tan amargado... debió pintarme con tintas negras al describirme.

—Yo diría que empleó pintura verde.

Giró la cabeza para poder verme bien. Dudó unos segundos sobre el significado de lo que había oído, y al fin estalló en una carcajada.

Después runroneó:

—Me gusta usted, míster Benson... o su manera de hablar. ¿Siempre

emplea ese tono y dice las cosas así, tan crudamente?

—Depende de mi interlocutor. ¿Quiere decirme qué es lo que puedo hacer por usted?

Antes de responder mantuvo sus ojos clavados en mí de manera especulativa. Su brillante mirada producía una suerte de aturdimiento que daba escalofríos. Cuanto más tiempo permanecía junto a ella más comprendía a Dave Fleming.

—Imagino que Dave le habló de sus planes, de lo que pensaba hacer en el futuro. Suele ser muy comunicativo con las personas que le caen simpáticas... y usted se ganó su confianza. Quiero saber qué se propone hacer de ahora en adelante.

—Creo que se ha equivocado al llamarme —gruñí sin disimular mi disgusto—. Yo no proporciono esa clase de informes. ¿Por qué no le pregunta a su ex marido directamente?

—Se lo pregunto a usted.

Apuré el resto del *whisky*, dejé el vaso y me levanté, diciendo al mismo tiempo:

—Gracias por su *whisky*, señora. Es excelente.

Eché a andar hacia la puerta del salón sin más despedidas. Escuché su exclamación cuando estaba a mitad de camino, pero no me detuve a ver qué es lo que decía.

Reaccionó cuando ya había abierto la puerta.

—¡Vuelva aquí! —gritó, exasperada—. ¡Le pago para que me sirva!

Me volví en redondo, bajo el marco de la puerta.

—Para eso tiene al mayordomo. Mi trabajo es otro muy distinto.

—Venga aquí y siéntese. Quiero encargarle un trabajo de su especialidad también...

—Eso es distinto —dije, volviendo sobre mis pasos y yendo a sentarme nuevamente.

Reinó un largo silencio durante el cual ella se esforzó por calmarse. Yo aproveché para encender un cigarrillo y esperé pacientemente a que la furia que la dominaba dejara paso a su voz.

—Quiero que encuentre a una persona, míster Benson —murmuró, cuando al fin pudo hacerlo sin que se notara su agitación.

—Bien, hableme de esa persona.

—Se llama Willie Holborn y vivía en Clayton Avenue; tenía un apartamento en el edificio «Berkeley», pero lo dejó hace algún tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé con exactitud, pero calculo que unos dos meses poco más o menos.

Tomé nota del nombre y la dirección. Luego pregunté:

—¿Qué clase de amistades tiene ese Holborn? Me ayudará mucho si

puedo interrogar a sus amigos y...

—No sacaré nada por ese lado. Sus amistades son mayormente femeninas, ¿comprende? Si ha desaparecido es posible que haya sido precisamente para apartarse una temporada de esas amistades.

Ese razonamiento me dio mucho que pensar, pero de momento me conformé con él y guardé silencio.

La hermosa y altiva dama siguió dándome detalles del desaparecido, pero sin que nada de cuanto exponía sirviera para maldita la cosa. Lo único que saqué en claro fue que el tal Willie Holborn tenía un gran partido entre las damas, que solía frecuentar los mejores clubs nocturnos, que pasaba la mayor parte de las mañanas en la playa y que si bien podía darse todos estos lujos no poseía fortuna alguna.

Cuando su torrente de palabras cesó me limité a preguntarle:

—¿Tiene usted alguna fotografía de ese hombre? Comprenda que nada de cuanto me ha dicho me ayuda mucho.

—Puedo darle una... aguarde un minuto.

Se levantó y salió del salón con los mismos andares de diosa que cuando entrara antes.

Aproveché para pensar un poco en su encargo y en la manera que había tenido de hacérmelo. También me intrigaba que me hubiera elegido precisamente a mí para semejante trabajo. En realidad, había muchas cosas que me intrigaban, pero cuando regresó me abstuve de hablar de ellas.

La fotografía que me entregó era una instantánea hecha en una playa casi desierta. El hombre que aparecía en ella era un ejemplar impresionante. Poseía hombros de atleta, cintura estrecha y largas piernas musculosas. Una orgullosa cabeza coronaba el conjunto de perfecciones, y la cara me hizo pensar en uno de esos astros que estuvieron de moda en Hollywood hace algunos años, románticos y duros al mismo tiempo, con facciones tan perfectas que las mujeres perdían el mundo de vista ante ellos.

—Un magnífico ejemplar —comenté, guardándome la foto.

Pegó un respingo y sus ojos chispearon, indignados.

—¿Eso es cuanto se le ocurre?

—Hay algunas cosas más —dije—, pero no suenan tan bien. ¿Puede darme algunos detalles más que sirvan para la búsqueda?

—No.

—Bueno, pondré manos a la obra inmediatamente.

Hice ademán de levantarme, pero su mano cayó sobre mi brazo y me retuvo en el diván. Al mismo tiempo se deslizó hasta casi rozarme.

—Antes que se vaya, míster Benson, quiero decirle que no todo lo que Dave pueda haberle dicho de mí es cierto.

—Bueno.

—No soy tan mala como todo eso.

—El cree que es usted peor todavía.

Esbozó una sonrisa tensa y murmuró:

—Y usted... ¿qué cree?

—¿De veras quiere saberlo?

—Sí.

—Yo calculo que Fleming se quedó corto al describírmela. Es usted todo lo que Fleming contó y algo más que no es posible explicar con palabras normales.

No se enfadó. Todo lo que hizo fue reírse y luego dijo:

—Es usted un tipo divertido, míster Benson, de veras... pero me gusta su manera de ser. Nunca tropiezo con un hombre que se atreva a decirme a la cara lo que opina de mí.

—Tal vez no trata usted con las personas adecuadas. ¿Tiene algo más que decirme?

—Sí.

—¿Bien...?

—Béseme.

Me desprendí de su mano y salté en pie. Ella no se movió. Continuaba sonriendo y parecía tan segura de sí misma como siempre.

—Se ha equivocado esta vez —mascullé con voz ronca.

—No lo creo. Todos los hombres son iguales, ¿no cree?

—Solo físicamente. Mis honorarios para usted son cien dólares diarios más los gastos, incluida la gasolina de los desplazamientos. ¿Está conforme?

—Ya le he dicho que yo compraba su tiempo sin regatearle el precio. Dígame la verdad... ¿no desea besarme?

Estuve a punto de soltarle algo demasiado fuerte incluso para su epidermis, pero me limité a encogerme de hombros. Ella se levantó y quedó erguida tan cerca de mí que su aliento llegaba hasta mi cara.

—Sé que está deseándolo —dijo suavemente—; solo que es demasiado orgulloso para reconocerlo. Sin embargo, estoy segura que algún día será usted quien me lo pida.

—Señora, antes besaría a una serpiente de cascabel. Ahora comprendo perfectamente a Fleming y me extraña que en lugar de beber *whisky* no haya bebido arsénico. Buenos días.

Me acompañó hasta la puerta del salón. Allí, junto al marco, había un botón que ella oprimió. Mientras aguardaba al mayordomo todavía susurró:

—Sigo creyendo que tiene usted un precio, Benson; solo es cuestión de saber cuál es. Cuando lo sepa lo compraré.

—Lo sabe ya: cien dólares más los gastos.

Se echó a reír, pero en su risa vibraba una nota de nerviosismo o ira. En

aquel momento apareció el anciano sirviente y me aparté de ella. Detrás se cerró la puerta y me vi libre de la poderosa atracción de aquella peligrosa dama. Mi sangre latía locamente en mis venas y comenzaba a preguntarme si no había sido un idiota al no aprovechar la ocasión...

El mayordomo llegó a la puerta de salida, la abrió y se quedó a un lado. Sus ojos apagados me examinaron fugazmente. Yo pregunté:

—¿Cuánto tiempo hace que está usted en esta casa?

—Cuarenta años, señor. Entré al servicio de los abuelos de la señora...

—Me pregunto cómo ha podido usted resistir todo esos años sin volverse loco de remate.

Su cara siguió tan impasible como una máscara, pero mientras empujaba la puerta murmuró:

—No estoy seguro de mi cordura, señor...

La puerta se cerró y yo tardé unos segundos en apartarme de ella y dirigirme al coche. Hasta la servidumbre se había contagiado en aquella maldita casa.

No obstante, en aquellos instantes todavía no conocía a la totalidad de la familia Arkwright...

CAPÍTULO IV

Abrí la portezuela del coche y me instalé frente al volante. Detrás de mí una voz ronroneante susurró:

—Hola, forastero...

Pegué un respingo y me volví. Unos grandes ojos vacíos de toda expresión me examinaban igual que si yo fuera un trozo de madera. Además de los ojos vi una cara redonda y blanca en la que destacaban unos labios maquillados con un rojo sangre que daba escalofríos. No pude ver la totalidad del cuerpo, pero la parte de él que estaba a la vista era juvenil y estaba relajado. Aparte de eso, carecía de atractivo.

—¿Quién es usted, niña? —indagué, estupefacto—. Por si no lo sabe, este es mi auto.

—Ya lo sé. Le he visto llegar. Ella le ha hecho venir a usted.

—¿Ella?

—Norma.

—Cierto. Y ahora, ¿quiere decirme quién demonios es usted?

—Me llamo Dawne.

—Yo Mark, pero seguimos sin conocernos... —de repente recordé lo que Fleming me había contado referente a una chica llamada Dawne y comencé a preocuparme. Solo dije—. Usted es la hermana de Norma, ¿no es así?

—¿Cómo lo sabe, le ha hablado ella de mí?

—Ni una palabra. Fue Dave Fleming quien lo hizo.

—Oh, el pobrecito Dave...

No supe si estaba burlándose de su ex cuñado o lo compadecía sinceramente.

Impaciente, exclamé:

—Oiga, tengo que irme, ¿comprende? Salga de mi coche y sea buena chica. Nos veremos otra vez.

—No.

—¿Cómo?

—Quiero irme con usted, Mark... Mark... ¿sabe que me gusta su nombre? No he conocido nunca a nadie que se llamara como usted.

—Escuche, Dawne, no puede venirse conmigo... no puedo hacer nada por usted y tengo mucho trabajo. Está haciéndome perder el tiempo y...

—Le pagaré el tiempo que emplee conmigo, ¿sabe?

Casi salté del asiento. Aquella condenada familia estaban acostumbrados a comprarlo todo, desde un emparedado hasta un hombre

hecho y derecho. Era demasiado para una sola mañana.

—Mire, sea buena chica, Dawne... nos veremos otro día si realmente lo desea, pero ahora tengo que trabajar.

—¿Qué quería Norma de usted?

—Soy detective privado. Ella me ha contratado.

Por primera vez, en sus vacías pupilas pareció agitarse un soplo de vida.

—¿Qué le ha encargado hacer?

—Tendrá que preguntárselo a ella.

Hizo un mohín de contrariedad.

—Se lo pregunto a usted.

—Por última vez, pequeña; ¿quiere salir de aquí y dejarme marchar?

—No. Y ya no me gusta su nombre, Mark. Es usted muy poco amable. Oiga... ¿me encuentra atractiva?

Estuve a punto de caer de espaldas. ¿Qué clase de locos eran toda aquella gente?

—Naturalmente —dije, resignado—. Muy atractiva, Dawne, pero no puedo decírselo. Compréndalo... está usted demasiado alta para mí.

El brillo de sus ojos se intensificó. Pensé que llevándole la corriente lograría deshacerme de ella, así que adopté una actitud más amable y desde mi asiento abrí la portezuela de atrás.

Pero ella no estaba para sutilezas. No hizo el menor caso de la portezuela abierta.

—Es usted maravilloso, Mark —exclamó—. Lléveme con usted.

—Pero, Dawne, ¿a dónde diablos quiere que la lleve?

Se encogió de hombros como una niña juguetona.

—Me da igual. A su casa, a un hotel...

No me llevé las manos a la cabeza porque no me quedaban fuerzas ni para eso. Le volví la espalda para reflexionar sobre la mejor manera de librarme de semejante loca sin escándalo. Ella empezó a hablar con voz arrolladora:

—Siempre te había esperado, Mark —susurró—. Sabía que vendrías algún día y que me dirías esas cosas. Oh, no creas que no ha habido quien me las ha dicho... Pero eran hombres distintos, ¿comprendes, Mark? Querían mi dinero... porque soy rica vienen detrás de mí. Pero no me amaban los muy bastardos. No comprendían cuánto podía haberlos amado yo de no haber sido tan egoístas... Y ahora has llegado, Mark, y me quieres, y eres maravilloso...

De repente calló y estalló en sollozos. Se acurrucó en el asiento y su llanto se volvió tan violento que me asustó.

Salté fuera del coche y corrí hacia la casa. Cuando apareció el mayordomo le conté rápidamente lo que sucedía y él a su vez desapareció

rápidamente en el interior. Unos segundos después regresó acompañado de una mujer de unos cincuenta años, de rostro severo y vestida de oscuro.

Fue la mujer la que sacó a Dawne del coche, rodeándola con sus brazos cual si quisiera protegerla de algún peligro. La muchacha seguía con su desesperado llanto, pero cuando pasaron junto a mí, camino de la vivienda, levantó la mirada y me vio. Murmuró mi nombre un par de veces, pero no hizo nada para desprenderse del maternal abrazo de la mujer.

Cuando hubieron desaparecido el mayordomo se acercó a mí y miró a su alrededor antes de hablar.

—Siento lo sucedido, señor... yo no sabía que la niña estaba fuera de casa...

—Olvídelo.

—Perdón, señor...

Calló, embarazado y pálido.

—Bueno, dígalo —le animé.

—Todos le agradeceremos que no mencione lo sucedido, señor... en ninguna parte.

—No diré una sola palabra.

—Gracias, señor. Buenos días, señor...

Cuando saqué el coche de la extensa propiedad hundí el acelerador hasta el fondo para alejarme cuanto antes de aquel recinto de locos. Un poco más y yo hubiera acabado pegando saltos de carnero. ¡Qué familia! Si el padre se parecía a sus hijas...

En la ciudad, busqué el domicilio en que había vivido Holborn. Cuando estuve delante de él vi que no era un edificio con pretensiones ni lujos. Una de esas colmenas reformadas en las que la gente se apiña en minúsculos cuartos donde apenas si tienen espacio para respirar.

En compensación, el encargado resultó un hombrecillo amable y comunicativo.

—¿Míster Holborn? —exclamó tras escucharme—. Hace cerca de tres meses que se mudó.

—Ya lo sé. Ando buscando su nuevo domicilio y he pensado que tal vez dejó alguna dirección a donde remitirle las cartas. Suele hacerse eso cuando se cambia de casa...

—En efecto. Ya le he mandado cuatro o cinco cartas en este tiempo.

La cosa empezó a preocuparme.

—¿Quiere decir que sabe dónde vive ahora?

—Claro que sí.

—Okey, ¿puede darme sus señas?

—Naturalmente. Ya se las he dado a dos o tres personas más desde que se marchó... Tome nota.

Así de fácil. Solo preguntar y el presunto desaparecido ya no es ningún

misterio. Y precisamente esas facilidades aumentaron mi preocupación.

Acabé de anotar las señas. El hombrecillo parecía desentenderse ya del asunto, más yo quería saber otros detalles todavía.

—Usted ha mencionado dos o tres personas que también se han interesado por míster Holborn. ¿Puede decirme qué clase de personas eran?

—Espere que lo piense... Sí; dos caballeros y una señora.

—Y usted les dio la dirección, ¿no es así?

—Claro, igual que a usted.

—Perfecto. ¿Puede describirme a la señora?

Eso le animó. Sus ojillos casi quedaron en blanco detrás de las gafas cuando explicó:

—Era una dama, amigo, una verdadera dama. Una de esas mujeres que solo se ven en el cine...

Siguió divagando por regiones de lúbricos ensueños, pero de la descripción que efectuó surgió con toda claridad el retrato de Norma Arkwright sin lugar a dudas.

Lo dejé allí, sumido en sus quimeras, y regresé al coche dándome a todos los diablos, convencido de que la tal Norma me había tomado la cabellera. Si ella sabía ya la nueva dirección del magnífico ejemplar llamado Holborn, ¿por qué contratar mis servicios a cien dólares diarios para encontrarlo?

Solo se me ocurría una respuesta: que ella quería tenerme atado con ese trabajo con algún fin que no alcanzaba a comprender de momento.

Un tanto desconcertado, conduje el auto hacia las colinas de anta Mónica rumbo a la dirección que el portero me había facilitado. Durante el trayecto no cesé de preguntarme qué clase de nido se habría buscado el apolíneo caballero que tanto parecía interesar a la bella millonaria.

Quedé asombrado al verlo. Estaba enclavado en uno de esos nuevos barrios residenciales, cuyas edificaciones rodeadas de jardín parecen arrancadas de una revista de decoración y arquitectura. Espléndidos *bungalows*, chalets de ensueño y piscinas cuyo coste rivalizaría con el de la misma casa.

El de Willie Holborn no tenía nada que envidiar a sus otros vecinos. Incluso la piscina era una maravilla rodeada de rocas artificiales en el centro de un pequeño prado cubierto de césped. Un garaje en el ángulo del terreno dejaba ver a través de su puerta abierta la carrocería de un coche deportivo cubierto de polvo.

Atravesé el jardín y llamé a la puerta. El timbre repiqueteó con un campanilleo musical. Las armoniosas notas se extinguieron una a una y después volvió a reinar el silencio. Pero no acudió nadie a abrir la puerta.

Repetí la llamada un par de veces, siempre con el mismo resultado.

En vista de ello decidí que podía permitirme la libertad de echar un

vistazo alrededor de la casa. Podría formarme una idea sobre el carácter del hermoso animal.

Pronto me di cuenta que podía haberme ahorrado el trabajo. Todo estaba bien cuidado, pero carecía de ese toque personal que caracteriza al propietario de un jardín. Ni siquiera en el garaje había el clásico banco de trabajo con sus herramientas. Una goma de las utilizadas para lavar el coche aparecía tirada en un rincón, rota y reseca y con evidentes muestras de no haber sido utilizada jamás.

Había polvo también en los dos asientos del coche, lo cual demostraba que hacía algunos días que no se utilizaba.

Decepcionado, me dispuse a abandonar el examen, pero antes me acerqué a la parte trasera de la casa. El terreno formaba allí un suave declive y había que subir cinco escalones para llegar a la puerta, que supuse era la de la cocina. Los subí y probé el tirador. La puerta giró sobre sus goznes con un débil chirrido.

Quedé inmóvil durante un instante. Era una oportunidad que ni hecha a la medida para buscar cualquier detalle que me dijera la clase de relación que existía entre Holborn y mi flamante clienta...

Sin pensarlo más me deslicé al interior, cerré la puerta y atravesé la cocina. De paso por ella observé que todo estaba en orden, como si nadie la utilizase nunca.

Había un corto pasillo con una puerta a cada lado. Las abrí y así pude ver un cuarto destinado a almacenar maletas y un par de cajones de madera, aparte de una lámpara de pie sin pantalla y un montón de revistas y periódicos atrasados. La otra habitación era un diminuto dormitorio con una cama sin ropas y con mucho polvo. Tampoco allí había dormido nadie desde hacía meses.

Di con una espaciosa salita lujosamente amueblada. Llamativas fotografías de mujeres con poca ropa adornaban las paredes, pero no eran fotos recortadas de revistas, sino salidas directamente del laboratorio del fotógrafo. La mayoría de ellas llevaban encendidas dedicatorias y estaban encerradas en artísticos marcos.

Me dije que el hermoso animal debía tener un éxito loco con las damas, pero me pregunté qué efecto les causaría, a las que llevase a su casa, verse rodeadas de las otras conquistas anteriores del Apolo...

Fue al rodear el enorme diván cama que lo descubrí. Estaba tendido sobre una gran alfombra, de cara al techo y con un brazo extendido cuya mano semejaba una garra a punto de hincar las uñas.

Perdí el aliento durante unos segundos a la vista del cadáver. Sus ojos abiertos parecían cuentas de vidrio y como tales reflejaban la luz. No había ninguna duda de que se trataba de Holborn, como no la había de que hacía mucho tiempo que había muerto, cosa que comprobé al inclinarme sobre él.

Solo llevaba unos pantalones de deporte y una camisa de manga corta y que había sido blanca antes de quedar empapada de sangre. Al examinarla en aquellos instantes vi que no era más que algo rígido y acartonado de color pardo oscuro. Había dos agujeros en ella, uno de los cuales debía coincidir poco más o menos con su tetilla izquierda.

El cuerpo estaba tan rígido como si fuera de madera. Poco a poco, me incorporé sin salir todavía de mi estupefacción. Todo aquello se me antojaba una pesadilla y mi cerebro trabajaba a marchas forzadas mientras notaba el sudor deslizarse por mí espalda con una sensación helada.

Tardé más de un minuto en volver a razonar normalmente. Entonces me dediqué durante media hora a efectuar un somero registro en toda la casa, pero sin que pudiera hallar nada que hiciese referencia a Norma.

Entonces regresé al lado del fiambre. Me dije que tenía el deber de llamar a la policía, pero maldito si pensaba hacerlo, entre otras buenas razones porque no tendría manera de justificar mi intrusión en la casa. Serían muy capaces de acusarme de allanamiento de morada, eso suponiendo que no se sintieran generosos y me endosaran el cadáver también.

Finalmente decidí que lo más sensato era largarme de allí cuanto antes, pero antes de hacerlo di un último vistazo a los orificios de las balas. Eran de un calibre medio, demasiado grandes para ser de un «32», pero tampoco me parecieron producidos por un «38»...

Y de repente, como un chispazo, recordé la «Beretta» recién disparada que le había quitado a Dave Fleming y casi caí de espaldas. Pensé también que se trataba de una automática, de manera que los casquillos de las balas debieron salir expulsados... y me puse a gatas tanteando la alfombra pulgada a pulgada.

Unos minutos más tarde tenía en mí poder las dos cápsulas vacías y un solo vistazo al pistón me bastó para comprender que aquellas letras y cifras grabadas en el metal no correspondían al inglés sino al italiano.

Guardé la dos cápsulas en el bolsillo y me dediqué un surtido de insultos a mí mismo como obsequio a mí estupidez. En buen lío me había metido mi afán de comportarme igual que un piadoso samaritano...

Ya no tenía nada más que hacer allí, de manera que me encaminé a la cocina para largarme cuanto antes de aquella vecindad...

Entonces sonó el campanilleo de la puerta. Alguien estaba llamando al timbre una y otra vez.

CAPÍTULO V

Plantado en medio del salón aguardé con los nervios de punta a que el visitante se cansase de llamar y me dejara el campo libre. No deseaba tropezarme con nadie después de descubrir el cadáver del bello Holborn.

Al fin, el timbre enmudeció. Respiré, aliviado, pero casi al instante pegué un salto al escuchar el chasquido de la cerradura. Tuve el tiempo justo de agazaparme detrás de una butaca. Inmediatamente, el indeciso taconeo de una mujer se acercó hasta detenerse a la entrada del salón.

Contuve la respiración y atisé por un lado de la butaca. Vi un perfecto par de piernas dignas de un concurso, un cuerpo estatuario con pronunciadas curvas y un hermoso rostro tenso por el temor que miraba a su alrededor con ojos de gacela asustada.

Era una linda muchacha de unos veintidós años, una de esas ingenuas que de vez en cuando Hollywood lanza al mercado. La única diferencia estribaba en que la que tenía delante estaba todavía sin sofisticar. Todo en ella era natural, fresco y alegre como un amanecer en las montañas.

Volví a esconder la cabeza preguntándome qué demonios estaría haciendo aquella niña allí dentro. No cabía duda que poseía una llave de la puerta, no obstante no vivía en la casa. Demostraba demasiado miedo.

Dio unos pasos más sin saber a ciencia cierta dónde debía dirigirse. Después pareció tomar una determinación y se acercó a un mueble escritorio y librería adosado a la pared del fondo. Desde allí no podía ver el cadáver que descansaba detrás del diván pero con solo volver la cabeza me descubriría a mí.

La vi abrir los cajones y registrar precipitadamente su contenido. No debió encontrar lo que buscaba, porque se dedicó a sacar los libros y sacudirlos sosteniéndolos por el lomo, como si esperase que de entre las páginas cayera algún papel.

La tarea de hacer lo mismo con todos le llevó varios minutos. No me cupo ninguna duda de que tan pronto diera fin a su ocupación se volvería y me vería allí agazapado como un animal a punto de saltar. No me resultó una idea agradable precisamente.

Me levanté despacio, sin hacer el menor ruido, y aguardé hasta que dio la vuelta. Había una amarga expresión de desengaño en su hermoso rostro, expresión que varió totalmente al descubrirme. Todo el terror del mundo asomó y se desbordó de sus ojos y por un instante pensé que iba a desmayarse.

—No tema nada —le dije procurando que mi voz no fuera demasiado

abrupta—. No voy a hacerle ningún daño.

Retrocedió con pasos vacilantes hasta que su espalda chocó con la mesa. Allí se detuvo, con las manos engarfiadas sobre su bolso cual si este fuera una tabla de salvación.

Decidí dejarle oír mi voz un poco más.

—La he visto registrar el escritorio y los libros. Si eso ha de tranquilizarla le diré que yo he hecho lo mismo poco antes de su llegada. En cierto modo, somos socios en esta misma empresa...

Trató de hablar, pero ni un sonido brotó de sus labios. Entonces manipuló en el bolso y de pronto me encontré mirando el cañón de una diminuta pistola parecida a un juguete. Su niquelada superficie lanzó destellos al salir a la luz.

—No... no se mueva... —balbuceó, a punto de echarse a llorar.

No era un arma inquietante, pero a semejante distancia podía dejarme en una situación muy parecida a la del amigo Holborn, de manera que me abstuve de todo movimiento. Si quería librarme de semejante embrollo tenía que ser a base de parloteo.

—No se ponga nerviosa, niña. Nadie va a hacerle daño alguno. ¿Es usted amiga de Holborn?

—Lo conozco solamente...

—Bueno. ¿Sabe usted qué le ha sucedido?

—¿A qué se refiere?

—¿Lo aprecia usted mucho acaso?

—¡Solo me inspira odio! —exclamó con vehemencia.

—*Okey*, eche un vistazo detrás del diván en ese caso.

—¿Quiere burlarse de mí? Y no se mueva...

—No he movido ni un dedo, encanto. Pero haga lo que le digo...

—¿Qué hay detrás del diván?

—Véalo usted misma.

—Usted quiere que me distraiga para caerme encima y quitarme la pistola. ¿Cree que soy tonta?

—Está demostrando que lo es, pequeña y hermosa entrometida. El diván está al otro lado del salón, de manera que ya me dirá usted cómo puedo caerle encima desde aquí. ¿Cree que tengo alas acaso?

Lo pensó un poco, midió distancias con la mirada y al fin pareció convencerse de que, realmente, a aquella distancia no podía llegar hasta ella sin que pudiera freírme a tiros.

Así es que empezó a desplazarse de lado, para no darme la espalda, hasta que llegó a un extremo del gran sofá cama. Todavía seguía con su mirada fija en mí.

—No se mueva —repitió, antes de mirar.

—Adelante, querida...

Giró la cabeza lentamente. Su mirada cayó sobre el hambre y todo su cuerpo se envaró, como si aumentase de estatura. No podía ver sus ojos, pero no era necesario para comprender la espantosa impresión que acababa de recibir.

De repente comenzó a chillar con tal violencia que vibraron hasta los cristales de las ventanas. Un instante después se tambaleó, el chillido murió en su garganta, y cuando salté hacia adelante era demasiado tarde para sostenerla. Se desplomó igual que una muñeca rota y rodó sobre la alfombra. La pistolita voló y cayó a mis pies.

La recogí y vi que estaba cargada y sin el seguro, de manera que corrí este y la guardé en mi bolsillo. Después de esto me ocupé de la muchacha.

No pesaba mucho. Incluso resultaba agradable sostenerla en brazos, notando el calor y el frágil aroma que se desprendía de su cuerpo. La coloqué sobre el diván y me quedé unos segundos indeciso. Podía largarme de allí y dejarla que saliera del lío por sus propios medios. Después de todo, ni siquiera la conocía...

No obstante decidí que no podía hacer semejante cosa. Tampoco sabía cómo hacer para volverla a la vida, de manera que los siguientes minutos los pasé limpiando lo mejor que pude todo cuanto le había visto tocar con sus manos. Posiblemente quedase alguna huella, pero no podía hacer más.

Cuando regresé junto a ella comenzaba a rebullir. Un tenue gemido escapaba de sus gordezuelos labios. La incorporé, sosteniéndola apretada contra mi pecho, y le golpeé sin violencia ambas mejillas.

—¡Vamos, vamos, pequeña, no podemos quedarnos aquí todo el día!

Abrió los ojos y en los primeros instantes no distinguió bien lo que la rodeaba, pero después debió ver mi cara porque el terror se apoderó nuevamente de todos sus nervios.

—¡Usted...! —balbuceó—. ¡Usted lo ha matado!

—Seguro, querida. Lleva un par de días muerto por lo menos. Desde entonces que aguardo aquí a ver si resucita... ¿Por qué no utiliza la cabeza para pensar de vez en cuando? Vamos, espabile porque tenemos que largamos.

Tenerla apretada contra mí era una sensación turbadora y excitante a un tiempo. Ella debió darse cuenta de esto al cabo de unos segundos, porque se apartó vivamente. Le costó algunos intentos sostenerse erguida, pero cuando lo consiguió volvió a mirarme con ojos brillantes de temor.

—¿Quién es usted? —susurró.

—Mi nombre es Benson, soy detective privado. ¿Cree que puede andar con normalidad?

—Sí, creo que sí...

—¿Ha venido en coche?

—No, en un taxi.

—Mujer tenía que ser. Apuesto a que le ha dado al chofer la dirección exacta de esta casa.

—Naturalmente. Yo no sabía que Holborn estaba muerto... no tenía porqué adoptar precauciones.

—Seguro que no. Y tampoco debía adoptarlas llevando una pistola en el bolso. Supongo que venía dispuesta a usarla, ¿no es así?

—Bueno, solo pretendía asustarlo...

—Asustarlo —rezongué, empujándola hacia la puerta—. Ahora trate de no tocar nada con las manos desnudas y dígame qué ha tocado al entrar.

Limpié el tirador y las cercanías de la cerradura. Después salimos andando normalmente, como dos visitantes que se retiran. No obstante, no vi a nadie por los alrededores.

Solo cuando la tuve sentada a mí lado dentro del coche pareció recobrar la voz.

—¿Sabe usted cómo ha muerto? —balbuceó.

—Le pegaron dos tiros.

Conduje con cuidado hasta encontrarme lejos de aquella peligrosa vecindad. Entonces aceleré sin hacer caso de las miradas de alarma que ella me dirigía de vez en cuando. Finalmente no pudo contenerse por más tiempo y preguntó:

—¿A dónde me lleva?

—A cualquier bar donde podamos hablar. Necesito un trago y usted también... está a punto de caer en un ataque de nervios.

No replicó ni protestó. Dejé conducir al interior de un bar discreto, con departamentos en forma de herradura todo lo independientes que puede desearse en tales circunstancias, y una vez allí la obligué a engullirse un *whisky* puro. Una oleada de color tiñó sus mejillas y un asomo de lágrimas brilló en sus ojos a causa del alcohol. Era lo que necesitaba.

Pedí dos más al mozo y no la dejé despegar los labios hasta que nos hubo servido y desaparecido otra vez.

Entonces dije:

—Ahora hable, muchacha, y hable deprisa. ¿Qué andaba buscando en casa de Holborn?

—Yo podría hacerle la misma pregunta a usted, ¿no cree?

—Tal vez la he reanimado demasiado —comenté, burlón—; no obstante, las circunstancias son distintas. Yo estaba efectuando un trabajo, puedo enfrentarme con la policía sin nada que temer siempre que denuncie el crimen. Pero usted está en un buen apuro, y se dará cuenta con solo pensar un poco. ¿Cómo va a justificar ante la policía su intrusión en casa del muerto y consiguiente registro?

Lo pensó durante largo tiempo. Poco a poco fue tranquilizándose, y al fin acabó por comprender que no tenía nada que temer de mí.

—Buscaba unas fotografías —confesó repentinamente.

—¿Qué clase de fotografías?

Titubeó pero por lo visto ya estaba cansada de luchar. Suspiró largamente antes de soltar:

—Esa clase de fotografías sucias que emplean algunos chantajistas, ya sabe...

Noté un tirón en mi interior. Solo imaginar lo que ella estaba insinuando y me alegré de haber visto a Holborn convertido en pasto de gusanos.

—¿Fotografías tuyas?

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—De mi hermana —susurró—. Ese perro la llevó a su casa...

—Comprendo. ¿Cuánto le pidió?

—No lo sé. Mi hermana se tomó un tubo entero de somnífero la misma noche en que me confesó la verdad...

—Lo siento... ¿Cómo se llama usted?

—Lena... Lena Ames...

—Está bien, Lena, ¿cuánto tiempo hace que sucedió lo de su hermana?

—Varios meses, pero hasta hace un par de días no se puso Holborn en contacto conmigo.

—Eso es chocante. ¿Qué quería esa sanguijuela?

—Dijo que tenía esas fotografías sucias de Lena y él... me pidió que fuera a verlo para tratar del asunto y entonces me negué. Hablaba por teléfono, usted sabe... La misma noche vino a verme a casa.

—Siga, pequeña.

—Me dijo que había pensado pedirme cierta cantidad para no mandar las fotografías a todas nuestras amistades y familiares... ensuciando así el recuerdo de mi hermana. Pero al verme cambió de intenciones... dijo que me entregaría las fotografías con solo acceder a visitarlo en su casa.

—Ya veo...

—Fue entonces que me entregó la llave. Dijo que si no estaba él en casa que le esperase... El muy puerco...

—Olvídelo.

—Pero las fotografías... la policía las encontrará...

—Es lo mejor que puede suceder, créame. La policía las destruirá cuando se convenzan que no tienen nada que ver con el crimen. Ellos son los primeros que protegen a las posibles víctimas de un chantaje...

—¿Lo dice de veras, míster Benson... no está tratando de consolarme?

—En absoluto. Ah, mi nombre es Mark para usted. Solo permito que me llamen Benson mis clientes.

Sonrió por primera vez. Lo aproveché para hacerle beber el segundo *whisky* y yo trasegué también el mío. Tras esto encendí un cigarrillo y fumé

unos instantes en silencio, sin que ella aceptase el que le ofrecía.

Después de un largo silencio ella murmuró:

—¿Quién puede haberlo matado?

Pensé en las dos cápsulas encontradas, pero solo dije:

—Cualquiera que se haya encontrado entre la espada y la pared como su hermana, alguien que no ha querido tragarse un tubo de somnífero para librarse de ese cerdo.

Asintió con un gesto.

—Seguramente debe haber sido así... Oiga, ¿qué ha hecho con mi pistola?

La saqué del bolsillo y se la devolví, viendo como la guardaba otra vez en el bolso.

—Tenga cuidado con ese trasto —le recomendé—. La policía suele mostrarse muy poco amable con la gente que anda por ahí llevando pistolas como adorno.

—La dejaré en casa, se lo prometo.

Me entretuve unos momentos en saborear el cigarrillo, mientras le daba vueltas a la idea de que Holborn había sido asesinado con la misma pistola que estaba encerrada en mi caja fuerte. Estaba dispuesto a jurarlo sin necesidad de esperar el dictamen de los peritos. No obstante, si era así, no acababa de comprender la conducta de Fleming. ¿Por qué no había arrojado la pistola al mar? Si él se había cargado al bello ejemplar...

Después comencé a preguntarme por qué diablos lo habría hecho... Recordé que, según Fleming, Norma pensaba casarse con alguien dentro de muy poco tiempo, alguien con quien ya mantenía relaciones... y si ese alguien era Holborn... bien, la cosa estaría muy clara.

Demasiado clara tal vez. De momento, lo que sí estaba fuera de toda duda era que yo me encontraba metido en un buen lío gracias a la condenada pistola italiana.

De repente, se me ocurrió que no todo aparecía tan diáfano en el asunto de la pistola.

—Oiga, Lena... Usted debió hablar con su hermana respecto a Holborn. ¿Le contó ella algo relacionado con los posibles enemigos de ese maldito cerdo?

—Solo dijo que era un ser degenerado y que sus amistades eran lo mismo que él. Citó una desenfundada bacanal... de donde ella escapó y de resultas de la cual cayó enferma. Dijo que ni en el infierno podían imaginar una depravación semejante...

—¿Citó nombres?

—Algunos... pero no puedo recordarlos. Los mencionó solo porque eran gente importante...

—Haga un esfuerzo, pequeña. Es muy interesante saber qué nombres

eran esos.

—¿Por qué es importante?

—Tengo mis razones para preguntárselo, créame.

—Le creo, pero no recuerdo... Espere... Wallenberg, el productor de cine... Ese lo recuerdo porque después he visto su nombre en las revistas.

—Siga intentándolo, Lena —la animé.

—Sí... mencionó también un nombre extraño... Spair o algo semejante... ¡Spier! —exclamó de repente—. ¡Spier, eso es!

—¿Está segura?

—Sí, sí...

—¿Hubo otros nombres?

—Creo que sí, pero no puedo recordarlos. Esos dos han vuelto a mí memoria uno por su rareza y el otro por haberlo leído después en las revistas cinematográficas.

Tal vez estaba preocupándome en vano, ya que para mí el asunto estaría terminado tan pronto diera mi informe a Norma Arkwright. Por otra parte ardía en deseos de sacudírmelo de encima antes que me viera complicado en el crimen. Después de todo mi misión era estrictamente localizar a Willie Holborn, y no había duda de que lo había logrado.

Sin embargo, no dejaba de preocuparme el hecho de que Norma me hubiera encargado semejante misión cuando ella sabía perfectamente dónde podía encontrar al hermoso ejemplar que la llevaba de cabeza. Me dije que, antes de liquidar el caso, debería averiguar si era realmente Holborn el hombre con quien ella pensaba casarse.

La voz suave de Lena me arrancó de mis cavilaciones.

—Dígame, Mark —pidió—. ¿Cree sinceramente que las fotografías en manos de la policía no me traerán más disgustos?

—No se preocupe, muchacha. Los policías querrán averiguar quién es la mujer que esté en las fotos, solo para estar seguros que no ha sido ella quien le ha dado el pasaporte a Holborn. Tan pronto sepan que su hermana está muerta destruirán las fotografías. Naturalmente, usted deberá tener cuidado cuando hable con ellos para no mencionar su visita a la casa de ese bastardo. ¿Cree que podrá hacerlo?

—Sí...

—Okey, creo que no tenemos nada más que discutir. ¿Puedo llevarla a su casa?

—No es necesario, tomaré un taxi, gracias. Pero... quiero decirle que le estoy muy agradecida, Mark...

—No se desboque —la atajé riendo—. Exigiré un pago por mi colaboración de esta mañana. ¿Qué le parece una cena esta noche?

Sonrió, pero luego dijo con voz resuelta:

—Lo siento, Mark, tendrá que ser otro día... esta noche tengo un

compromiso.

—¿Mañana?

—¿De veras lo desea?

—Caray, ¿no se ha mirado nunca a un espejo, niña?

Se echó a reír y asintió con un gesto.

—Mañana noche entonces.

—Pasaré a buscarla a las ocho si me da su dirección, querida.

Me dio una tarjeta. Tras esto ya no había nada más que pudiera retenerla a mí lado, de manera que la acompañé a la calle y aguardé en la acera hasta que la vi desaparecer en un taxi. Su cálido apretón había dejado un agradable cosquilleo en mi piel, llenándome de impaciencia por volverla a tener junto a mí.

Con un esfuerzo aparté esos pensamientos y anduve rápidamente hacia donde tenía el coche. Me quedaba el tiempo justo de comer en cualquier parte antes de dirigirme al palacio de mi clienta...

CAPÍTULO VI

—No creí que fuera usted tan eficiente, Benson —comentó Norma Arkwright después de escucharme.

—No me gusta perder el tiempo, aunque me lo paguen mis clientes. Pero en esta ocasión la tarea resultó tan fácil que hasta un niño podía haberla realizado.

—Está bien, está bien... Supongo que no habló usted con Willie... con míster Holborn.

—No pude.

—Pero sabe dónde vive, ¿no es cierto?

—Sí.

Debió darse cuenta de la reticencia de mis respuestas, porque calló durante unos segundos sin dejar de mirarme especulativamente.

Después dijo:

—Va usted a llevarme a casa de Holborn.

No salté de pie porque he aprendido a controlarme, pero le faltó poco.

—¿Por qué quiere ir allí?

—Necesito hablar con él, eso es todo.

—¿Y es necesario que yo asista a la entrevista?

—No sea absurdo. Usted se quedará fuera, esperándome. Si le necesito le llamaré. Temo que él se muestre un tanto desagradable cuando escuche lo que tengo que decirle.

—Ya veo... ¿Es con Holborn con quién pensaba casarse, Norma?

Su mirada relampagueó de furia. Por un momento temí que me abofeteara, pero se contuvo y solo dijo:

—Guárdese sus preguntas, Benson, no tienen gracia.

—No he pretendido tenerla; no obstante quiero una respuesta antes de acompañarla. ¿Sí o no?

—Dígame primero cómo ha sabido que... ¡Oh, claro! —exclamó, interrumpiéndose—. Dave debió decírselo.

—Ajá.

—Pues bien, sí. Pensaba casarme con Willie Holborn. Espero que ahora considere satisfecha su impertinente curiosidad.

—Solo a medias. ¿Es que ha cambiado de planes respecto a la boda?

—Ya hemos hablado bastante de ese tema. ¿Quiere acompañarme o no, Benson?

—Es inútil ir allí. No podrá usted hablar con el hermoso ejemplar.

—¿Por qué no?

—Porque está muerto, Norma.

—¡Muerto!

Quedó helada, inmóvil igual que una estatua y con la mirada perdida en alguna parte de la pared. Inconscientemente se llevó las manos a la cara como si quisiera taparse la boca para no gritar.

No dije una palabra hasta que se hubo serenado un poco. Y aun entonces fue ella la que murmuró:

—No puedo creerlo...

—Pues empiece a acostumbrarse a la idea. Yo mismo he examinado el cadáver. Tiene dos balazos en el pecho y le aseguro que con uno hubiera bastado para dejarlo seco...

—¡Oh, cállese!

—Bueno.

Esperé pacientemente a que se decidiera a hablar. Tuve tiempo de fumarme un cigarrillo, tiempo que ella empleó en reflexionar a fondo.

De pronto, se irguió y volvió la cabeza hacia mí resueltamente.

—Va usted a seguir trabajando para mí, Benson.

—¿De veras?

—Quiero que averigüe quién ha matado a Willie.

—¡Oh, no! —exclamé, fastidiado—. Eso lo hará la policía mucho más rápidamente que yo. Solo tienen que saber que Holborn está muerto para ponerse en movimiento, y yo voy a decírselo por teléfono. Claro que no les diré quién soy para evitar más complicaciones y...

—No me importa lo que haga la policía —me interrumpió—. Trate usted por todos los medios de descubrirlo antes que ellos. Quiero saberlo, ¿comprende? Y quiero saberlo pronto. No me importa lo que cueste... tiene usted carta blanca para fijar la cantidad que le parezca.

—Es una oferta tentadora, pero yo sé cómo se toma la policía el que un detective privado se meta en su terreno.

—¿Tiene usted miedo?

—Bueno, usted también lo tendría si estuviera en mi lugar. Hace muchos años que peleo con ellos.

—Ponga usted la cifra que quiera en un cheque en blanco. Eso tal vez le infunda un poco de valor.

—Okey, usted gana. Veo que sigue comprando lo que se le antoja.

Me miró, desafiante. Resultó una mirada cargada de dinamita.

—Le dije que descubriría cuál es su precio, Benson...

—Es posible, pero de momento lo único que está en venta es mi trabajo, así que voy a marcharme para iniciarlo antes que volvamos a decirnos cosas desagradables. La mantendré informada.

Me levanté y ella me imitó, agarrándose a mí brazo.

—¿Sigue teniendo tan mala opinión de mí?

—Prefiero no opinar de momento, por lo menos mientras siga siendo mi clienta. A propósito, ¿qué sabe de Dave?

Me soltó inmediatamente. Una vez más, su ira estuvo a punto de provocar un cataclismo.

—Nada —refunfuñó—. ¿Por qué lo pregunta?

Me encogí de hombros y me encaminé a la puerta. Ella casi tuvo que correr para alcanzarme.

—¡Espere!

Apreté el timbre para llamar al mayordomo, cosa que no le gustó a Norma. Sin embargo se reprimió y ya no volvió a decir una palabra hasta que me despedí tan pronto el anciano sirviente asomó la cabeza por la puerta.

Mientras me precedía hacia la salida le pregunté:

—¿Sabe dónde está la señorita Dawne?

—En su habitación, señor. ¿Por qué lo pregunta?

—Solo para estar seguro de que no volveré a encontrarla en la trasera de mi coche.

Asintió con un gesto pero no despegó los labios.

Minutos después rodaba hacia el centro, no muy seguro de haber obrado sensatamente al aceptar semejante trabajo. Me consolé la idea de que no iba a ser la primera vez que me enfrentase a la policía. Por lo menos les llevaba ventaja.

Lo primero que hice fue subir a mí despacho para guardar las dos cápsulas vacías en la caja fuerte junto a la automática que las había disparado, cosa que comprobé en menos de un minuto. Los casquillos eran idénticos a los que todavía quedaban en el cargador, capaz de contener siete cartuchos. Pero solo había cinco en aquellos momentos, cosa que dispuso toda posible duda.

Tras esto consulté la guía telefónica. Necesitaba un punto de partida y tanto daba uno como otro, de manera que anoté las señas de todos los tipos cuyo nombre era Wallenberg y las de dos llamados Spier. Empezaría por ellos.

Dediqué el resto de la tarde a localizar al productor de cine. Me convencí de que esa gente mantienen estricto secreto alrededor de su domicilio privado. Ninguno de los que había anotado era el hombre que andaba buscando, pero finalmente logré averiguar su dirección por medio de un amigo periodista y allí me encaminé.

Perdí el tiempo. Todo lo que saqué en claro fue que el gran hombre asistía a una cena de gala y que jamás recibía a nadie en su casa. Me dieron un número de teléfono correspondiente a su oficina para que llamase a la mañana siguiente y tras esto me dieron con la puerta en las narices.

Maldiciendo a esa gente que se cree importante, inicié el recorrido en

busca de Spier.

Con este tuve más suerte. Una sirvienta negra me dijo que su patrón tenía una cita aquella noche y se preparaba para salir, no obstante accedió a pasarle mi tarjeta y me dejó solo en el vestíbulo de la magnífica residencia.

Minutos después regresó con una sonrisa de oreja a oreja. Su deslumbrante dentadura relucía como un faro.

—Le recibirá, señor —dijo con su cadencioso acento—. Solo unos minutos... tiene prisa esta noche...

Me llevó a un despacho bien amueblado y casi al instante apareció el tal Spier. Era un hombre fofo desde cualquier lado que se le mirase. Bolsas de grasa se movían bajo su barbilla al menor movimiento, y sus ojos semejaban enterrados bajo grasientas protuberancias. Se me antojó una babosa gigante moviéndose pesadamente sobre sus piernas cortas.

—Veo que es usted detective —barbotó, echando un vistazo a mi tarjeta, que conservaba en la mano—. No comprendo qué puedo hacer por usted míster Benson.

—Realmente, yo tampoco estoy muy seguro de que pueda ayudarme, no obstante alguien me ha dicho que era usted amigo de Willie Holborn y por eso estoy aquí.

—¿Holborn?

Asentí con un gesto. El pareció estrujar su cerebro en busca de algún recuerdo que le escapaba y al fin movió la cabeza de un lado a otro, con lo que sus papadas oscilaron igual que seres vivos.

—No sé de quién me habla, realmente...

—Usted debe conocerlo, míster Spier. Han coincidido muchas veces en ciertas fiestas...

—He coincidido con centenares de personas a las que ni siquiera conozco...

—No en las fiestas a que me refiero yo —le atajé secamente.

Pareció haber recibido un golpe en medio de su voluminosa barriga. Incluso dio la sensación de que se encogía sobre sí mismo.

—Hable claro —barbotó—. ¿A qué se refiere?

—Lo sabe perfectamente; a esas bacanales a las que tan aficionados son ustedes, Holborn y otros degenerados por el estilo.

Perdió todo asomo de color. Comprendí que estaba asustado, pero en su mirada fue encendiéndose un vivo sentimiento de furia apenas contenida. Con voz temblorosa gruñó:

—Veo que me he equivocado al recibirle, míster Benson... Salga inmediatamente de mi casa.

—No tan rápido, míster Spier. Por si le interesa, le diré que su amigo Holborn...

—¡No es amigo mío! —estalló, agitando los brazos cual aspas de

molino.

—Su amigo Holborn —proseguí—, está muerto en estos momentos. Alguien le ha clavado dos plomos en el pecho. Yo ando buscando a ese alguien. ¿Cree que tiene usted algo que decirme ahora, míster Spier?

—¡Holborn asesinado! —gimió entre dientes.

—Creí que no lo conocía...

Ni siquiera me oyó. Y de repente su actitud cambió como por ensalmo.

—Creo que será mejor que hablemos usted y yo —murmuró—. Voy a disculparme por mí retraso y enseguida estoy con usted...

Se acercó al teléfono que estaba sobre la mesa. Ya tenía la mano sobre él cuando lo pensó mejor y se volvió, refunfuñando:

—No me gusta que sepa con quien estoy citado... aguarde aquí.

Y salió del despacho.

Me entretuve haciendo conjeturas sobre lo que iba a salir de semejante entrevista. No cabía duda que el hombre estaba asustado, de manera que si conseguía mantener su miedo y acrecentarlo acabaría por decirme todo lo que supiera de Holborn. Tal vez saliera algo concreto después de todo.

Regresó unos minutos después. Venía sudando y nervioso, por lo que se acercó a un mueble bar empotrado en una librería y se preparó un gran vaso de *whisky*. Justo cuando empezaba a saborearlo se acordó de mí.

—Perdón, ¿le apetece un trago, míster Benson?

—Si es tan amable...

Me preparó uno para mí, y ya con él en la mano le insté:

—Será mejor que me cuente su relación con Holborn. Después ya le preguntaré lo que sea necesario.

—Sí... me y parece que es lo más indicado...

Acabó de vaciar su vaso. Yo probé un sorbo del mío y en vista de que estaba en su punto en cuanto al hielo engullí casi la mitad.

Fue exactamente lo mismo que si me hubieran propinado un mazazo en la nuca. La tierra osciló bajo mis pies, experimenté una angustiosa sensación de ahogo y el suelo subió raudo en mi busca dentro de una creciente oscuridad poblada de silencio.

Fue una manera suave de pasar a la inconsciencia. Lo malo fue al volver a la vida. Tan pronto como las sensaciones volvieron a mí percibí el rumor de unas voces, aunque sin comprender nada de cuanto decían.

Hice tremendos esfuerzos para despejar mi mente del aturdimiento en que se hallaba sumergida. Después, cuando me pareció que eso estaba conseguido, abrí los ojos solo para darme cuenta de que todavía estaba en el despacho de Spier.

Poco a poco fui dándome cuenta de lo que me rodeaba y recordé también lo que me había sucedido con el *whisky* drogado. Resultaba algo tan absurdo, tan incomprensible, que ni siquiera me enfurecí.

Spier aguardaba sentado en un butacón dentro del cual parecía derramarse igual que una masa de gelatina. Había dos hombres detrás de él, dos tipos de aspecto inquietante por su expresión helada y ojos inexpresivos, de pescado muerto.

Spier dijo:

—¿Se encuentra bien, fisgón?

—Usted debe haberse vuelto loco de repente, compañero —gruñí, sentándome en el suelo—. ¿A qué viene eso de tumbarme con un narcótico?

—Ni siquiera voy a perder el tiempo hablando con usted. Ha querido meter la nariz en mis asuntos y va a pagarlo, eso es todo...

—¡Pero qué asuntos ni qué...! —estallé, iracundo—. Lo único que quiero es averiguar cosas respecto a Holborn. Lo demás no me interesa en absoluto.

—Eso dice usted, maldito entrometido. ¿Cree que nací ayer? Usted va detrás de algo más importante... lo otro no es más que una excusa. Y basta de charla.

—Está loco de remate...

Me levanté de un salto, dispuesto a aplastarle su cara de sapo. Pero ni siquiera pude acercarme a él. Los dos matones se adelantaron y un puño como un martillo pilón repercutió justo bajo mi barbilla lanzándome al otro extremo del despacho.

Tardé algunos minutos en volver a razonar. Una espesa niebla parecía haberse extendido permanentemente delante de mis ojos.

La voz de Spier llegó hasta mí como si viniera de muy lejos.

—Llévenselo, muchachos. Ya saben lo que quiero.

—Descuide. Será una obra de arte.

—No quiero que nadie pueda sospechar que se trata de un asesinato. ¿Está claro?

—Naturalmente. Eddie nos ha dado instrucciones antes de mandarnos aquí, amigo. Todo irá bien.

Un escalofrío me inmovilizó unos segundos. Se disponían a liquidarme tranquilamente, sin molestarse en averiguar si realmente yo representaba un peligro para ellos... y la verdad era que no tenía nada en absoluto contra el tal Spier. A menos que fuera él el as no de Holborn.

Conseguí levantarme apoyándome en la pared. Los dos criminales se acercaron a mí y me sujetaron casi levantándome del suelo.

Furioso y asustado, exclamé:

—¡Un momento, Spier! ¿Mató usted a Holborn?

Se echó a reír. Sus múltiples papadas saltaron de manera repugnante y tuvo que agarrarse a los brazos de la butaca para sostenerse más o menos quieto.

—No —dijo después—. Va usted a morir, fisgón, de manera que no me importaría decírselo si lo hubiese liquidado yo. Sin embargo, quien quiera que lo haya hecho me hizo un favor. Llévenselo.

—¿Pero es que está loco? No tengo nada contra usted... solo ando buscando informes de Holborn...

No me hicieron caso. Medio a rastras me llevaron hasta la salida trasera, pero antes de abandonar la casa uno de los matones me propinó un golpe científico que me sumió de nuevo en la inconsciencia, seguramente para evitar que yo pudiera gritar y sembrar la alarma entre el vecindario.

Cuando recobré el conocimiento estábamos viajando a prudente velocidad por una carretera en muy mal estado. El coche acusaba los innumerables baches y el polvo entraba por la ventanilla delantera, la única que llevaban abierta.

Medio derrumbado en un ángulo del asiento trasero, intenté ver el lugar que atravesábamos, pero el pistolero que se sentaba a mí lado gruñó:

—Estate quieto, pichón, o te vuelo la cabeza aquí mismo.

Remachó la orden metiéndome el cañón del revólver en las costillas. Faltó poco para que las rompiera. Quedé sin aliento y torturado por un agudo dolor.

El que conducía dijo:

—Creo que ya nos hemos alejado bastante. ¿Qué te parece a ti?

—Me da igual. Este es un sitio tan bueno como cualquier otro.

—Okey, vamos a terminar de una vez.

Detuvo el coche y mi guardián abrió la portezuela de su lado. Se deslizó fuera de espaldas, siempre apuntándome con su arma.

—Vamos, abajo...

Recordé las palabras de Spier referentes a que nadie pudiera sospechar de un crimen... y comprendí lo que se proponían. Un accidente fingido era la mejor manera de hacerlo.

—¡He dicho que salgas de aquí! —bramó el pistolero—. ¿Quieres que te saque a rastras?

Comencé a moverme despacio, calculando que si trataban de fingir un accidente tendrían que dejarme otra vez sin conocimiento...

Tan pronto asomé la cabeza fuera del auto, el bestial asesino me descargó un culatazo sin dudarle un segundo. Me dejé caer tan pronto advertí su movimiento, de manera que cuando me golpeó lo hizo de refilón y con menos fuerza de la que él había calculado. No obstante rodé por el polvo sintiendo todos los dolores del infierno reventar dentro de mi cráneo. Si advertían que no estaba completamente inconsciente repetirían el golpe, y ese pensamiento me obligó permanecer inmóvil mientras me arrastraban.

Uno de ellos gruñó:

—¿Y si despierta antes de pasarle por encima?

—No te preocupes —refunfuñó el otro, fastidiado—. Yo me quedaré junto a él y lo mantendré quieto. Tú date prisa con el coche.

Al alejarse el auto quedamos envueltos en la más completa oscuridad. Continué sin moverme, viendo las luces rojas y el polvo arremolinado y los pies de mi vigilante cerca de mí. El tipo seguía sosteniendo el revólver en la mano, de manera que no podía arriesgarme hasta el último segundo.

El coche estaba maniobrando a cierta distancia, hasta que estuvo de cara a nosotros. El brillante resplandor de los faros se amortiguó cuando el chofer los cambió por las luces cortas. Inmediatamente emprendió la marcha a creciente velocidad. Mi guardián se acercó a mí y con el pie me dio la vuelta dejándome de cara al cielo. El ruido del motor crecía dentro de mi cabeza como si fuera un huracán...

Sentí el pie del pistolero sobre mi pecho aplastándome contra el suelo. Por el rabillo del ojo vi las luces acercarse a una velocidad endiablada.

Notaba la furia dominarme por entero. Una ira salvaje contra aquellos bastardos capaces de tramar una muerte tan espantosa sin preocuparse de otra cosa que de terminar cuanto antes...

Y aguardé con todos mis nervios tensos cual cables de acero. El coche se nos echaba encima cuando el tipo que me mantenía aplastado contra el polvo comenzó a quitar el pie de mi pecho. Era lo que estaba esperando. Le aferré el tobillo con ambas manos, giré sobre mí y el hombre dio una voltereta cayendo lo mismo que un fardo.

Escuché su grito, pero ya no me ocupaba de él sino que estaba rodando sobre mí mismo tan rápidamente como podía para alejarme del centro de la carretera. También escuché el rechinar de los frenos casi sobre mí, un alarido espeluznante que tuvo la virtud de estremecerme y un gorgoteo que murió apenas iniciado, mientras el coche se detenía después de haber consumado su obra, pero a mucha distancia debido a la velocidad que había llevado.

Me dejé caer entre los matorrales que bordeaban la carretera, al mismo tiempo que oía acercarse los pasos del otro pistolero, corriendo como un desesperado.

Pude verlo inclinarse sobre su compañero, lanzar una sarta de juramentos y quedarse unos segundos aturdido, sin saber qué hacer. Al fin se decidió a cargar con la piltrafa en que se había convertido mi verdugo, pero no llegó siquiera a levantarlo del suelo. Debía pesar lo suyo, aparte de que la sangre debía brotar de él por todas partes.

Entonces, el pistolero tomó otra determinación. Echó a correr hacia el coche, que era justamente lo que yo había estado esperando que hiciera.

Salí disparado de mi escondrijo. Padecí violentas náuseas al ver lo que había quedado de aquel corpachón, pero desvié la mirada y me dediqué frenéticamente a buscar el revólver que el desgraciado había empuñado.

Lo encontré cuando el coche estaba dando la vuelta y regresé a mí escondrijo en un par de saltos. Desde allí lo vi venir, maniobrar una vez más para quedar en dirección a la ciudad, y detenerse al fin con el parachoques trasero casi encima del muerto.

El chofer descendió del asiento sin dejar de rezongar maldiciones. Levanté el revólver hasta tenerlo encañonado y dije:

—¡Levanta los brazos, bastardo, y no te muevas!

No obedeció. Echó mano a la axila al mismo tiempo que se volvía como una centella. Recibió el primer balazo y giró sobre sus pies. Tiré del disparador por segunda vez y el plomo acabó de derribarlo de bruces.

Los dos estampidos seguían repercutiendo en el aire cuando yo ya corría a saltos hacia el auto. El motor runruneaba suavemente, de manera que me disponía a salir de allí de estampía cuando recordé algo más.

Volví al lado del fiambre aplastado y, con cuidado, busqué en sus bolsillos. No llevaba documento alguno. Tampoco su compañero podía identificarse por ese medio, así es que ya no aguardé más y me alejé de aquellos parajes como si me persiguiera el diablo.

CAPÍTULO VII

Acabé de vestirme después de una larga ducha, todavía tenso por lo que había vivido una hora antes. No podía dejar de pensar en la monstruosidad de semejante atentado, y tal vez por la misma estupidez del mismo mi ira iba en aumento en lugar de aplacarse con la alegría de haber podido escapar a una muerte espantosa.

Una vez vestido saqué mi «38» del cajón donde lo guardaba. No estaba dispuesto a correr más riesgos con las manos vacías, y todavía pensaba aprovechar la noche haciéndole otra visita al amigo Spier.

Antes de emprender la aventura me entoné con un par de tragos. Tuvieron la virtud de aliviar no poco el dolor de mi castigado cuerpo. Tras esto salí, busqué un taxi y me hice conducir a una dirección cercana a la casa del financiero, suponiendo que Spier se dedicase a las finanzas, cosa que dudaba después de lo sucedido.

La casa estaba silenciosa y a oscuras. O el tipo se había acostado ya, o se había decidido a asistir a su cita a pesar de lo tardío de la hora, pero aunque fuera así yo estaba dispuesto a esperar su regreso dentro de la casa.

Atravesar el jardín y abrir una ventana de la planta baja resultó un juego de niños. Casi me asombré de lo fácil que se presentaban las cosas.

Necesité emplear todas mis dotes para orientarme en la oscuridad y desplazarme sin provocar ningún estrépito, pero logré llegar al despacho sin haber producido el menor ruido.

Cerré la puerta detrás de mí y me arriesgué a encender la diminuta linterna eléctrica que llevaba. El hilo de luz se deslizó hasta la mesa, mostrándomelo que ya me era familiar, y dándome la idea al mismo tiempo. ¿Quién me impedía registrar el despacho? No había duda que Spier tenía muchas cosas que ocultar y yo más que nadie podía confirmarlo.

Así es que empecé por el escritorio. Todo en él estaba en desorden, incluso el interior de los varios cajones. Por lo visto, el fofu individuo era muy descuidado con sus cosas.

Me cansé de revolver papeles, facturas y cartas que para mí no tenían ningún significado ni interés. Examiné rápidamente unos libros de contabilidad que había en un ángulo de la mesa, pero tampoco ellos me dijeron nada interesante.

Llegué a la conclusión de que, si alguna pista había en el despacho, debía estar bien guardada en la caja fuerte. Estaba seguro que no iba a conseguir nada con seguir registrando las estanterías de libros, de manera que lo único que me quedaba por hacer era esperar el regreso del dueño de

la casa. Una buena butaca me ayudaría a pasar el tiempo con comodidad.

Dirigí el delgado rayo de luz de la linterna hacia donde recordaba que estaba el butacón en que se hundiera Spier, al mismo tiempo que me apartaba de la mesa.

La luz cayó sobre el confortable mueble y los pelos se me erizaron y todas las fibras de mi garganta pugnaron por gritar histéricamente. Un helado escalofrío me sacudió de arriba abajo mientras un vivo temblor se apoderaba de mis piernas...

Porque allí, sentado en su butaca estaba Spier cubierto de sangre. Era un espectáculo horroroso y para huir de él apagué la luz dejando que el silencio y la oscuridad actuasen como un bálsamo sobre mis alterados nervios.

Una vez conseguido esto volví a encender la linterna y avancé despacio para averiguar cómo habían asesinado al gordo individuo. Había demasiada sangre sobre él y en la butaca para que hubiese muerto de un balazo.

Efectivamente; al estar cerca pude ver el descomunal corte que casi le había separado la cabeza del tronco. Sus enormes papadas ya no volverían a oscilar jamás.

Era el segundo cadáver con que tropezaba desde que me había metido en el asunto. Resultaba desesperante porque seguía estando a oscuras sobre los motivos que impulsaban a alguien a matar, por lo menos en lo que a Spier atañía ya que en lo tocante a Holborn, Dave Fleming era quien tenía todas las posibilidades de cargar con el mochuelo.

Calculé que el criminal, después de asestar la cuchillada, no habría perdido el tiempo registrando las ropas del muerto, máximo teniendo en cuenta el surtidor rojo que debía salpicarlas en aquellos instantes. Seguramente se había contentado con registrar el escritorio, lo cual explicaba el desorden de su contenido.

En consecuencia, y dominando los saltos que pegaba mi estómago, introduje cuidadosamente la mano en un bolsillo tras otro, trasladando a los míos cuanto encontré. Un minuto después estaba recorriendo el mismo camino que había seguido a mí llegada.

No respiré con cierta normalidad hasta verme en la calle. Entonces pensé también en mi coche, que había dejado allí cerca en mi primera visita y fui en su busca. Afortunadamente, nadie lo había tocado.

Aferrado al volante conduje despacio para evitar todo posible encontronazo con los patrulleros. No me convenía que nadie supiera de mis andanzas en esa noche.

Fui a encerrarme a mí apartamento, donde vacié los bolsillos sobre un periódico extendido en el suelo. Alguna de las cosas de Spier estaban manchadas de sangre húmeda, lo mismo que mis dedos. Tendría que llevar el traje a la tintorería por si en los bolsillos había quedado algún rastro de

aquella sangre.

Después de lavarme las manos, y protegiéndolas con un pañuelo, examiné mi botín concentrando la atención en una pequeña libretita de notas. Todo lo demás carecía de interés por ser lo corriente que puede esperarse encontrar en los bolsillos de un hombre. Ni siquiera los doscientos dólares del billetero podían ser aprovechados por estar manchados de rojo.

Pero la libretita sí poseía interés. Había anotaciones incomprensibles, cifras y más cifras de unas cuentas que solo Spier debía entender, y un directorio telefónico al final que fue lo que realmente me hizo pensar que al fin tenía entre manos algo a donde agarrarme.

Leí todo un surtido de nombres de mujeres, cada una de ellas con su teléfono y alguna incluso con sus señas. También contenía otros nombres masculinos, pero de momento concentré mi interés en las damas. Si lo que se agitaba en el fondo de mi cerebro, todavía confusamente, era cierto, ellas eran las que debían tener una importancia capital en los embrollos de Spier.

Era difícil decidirse por una determinada dama. Leí los nombres uno por uno, y sus teléfonos y direcciones, hasta que me detuve al leer el de Joam Ingram. Este, además del teléfono y las señas, llevaba una especie de anotación que decía escuetamente: *FLOWERY*.

«Florido»...

Lo dejé todo y me dejé caer en la cama con un cigarrillo en los labios y la mente trabajando como una caldera a presión. No sé cuánto tiempo permanecí mirando al techo y consumiendo tabaco, lo importante es que al final creí haber dado con el nudo del misterio.

Saqué la tarjeta que me diera Lena Ames y marqué el número de su teléfono. Tuve una sensación agradable al escuchar su voz por el auricular.

—Te habla Mark Benson, querida. ¿No me has olvidado todavía?

—¡Mark! —exclamó—. Estoy sorprendida de oírle... ¿es que ya estamos a mañana por la noche?

Se echó a reír, pero corté su risa al preguntarle sin rodeos:

—¿Recuerdas si tu hermana mencionó el lugar en que se celebraban esas bacanales?

—¿Por qué me pregunta eso, Mark?

—No hay tiempo ahora para explicaciones, pequeña.

—Pues sí, me lo dijo...

—¿Y bien?

—Era una propiedad particular rodeada de un gran jardín, en la costa. Se llamaba *Flowery*.

No pude evitar un suspiro de satisfacción. Había acertado.

—Muy bien, linda, era cuanto deseaba saber. ¿No te habré sacado de la cama, verdad?

—Pues sí, ya estaba acostada...

—Lo lamento.

—Yo no.

Casi se me escapó el auricular de las manos.

—¿Qué has dicho? —insistí.

—Por teléfono me siento más audaz, Mark. Me gusta oírte.

—Mañana noche te obligaré a repetir eso, querida.

Rio bajito y su voz suave murmuró:

—Lo haré. Y ahora buenas noches, detective...

—Que tengas sueños agradables, Lena.

Colgó. Estuve tentado de ponerme a gritar de entusiasmo, pero me limité a evocar la hermosa imagen de la muchacha y eso me compensó de los malos tragos pasados en lo que llevaba de noche.

Eran las dos de la madrugada cuando detuve el auto frente al domicilio de Joan Ingram, la dama detrás de cuyo nombre lucía la indicación *Flowery*.

Vi que se trataba de un edificio de apartamentos con la fachada bastante deteriorada. La puerta de la casa estaba cerrada y no se veía a nadie en toda la calle.

Había una larga lista de inquilinos a un lado del portal, todos con su correspondiente timbre. El nombre de Joan Ingram estaba en la casilla 42-C. Apoyé el dedo en el timbre y lo dejé allí un buen rato. Después aguardé a ver qué sucedía.

No pasó nada. Volví a probar y esta vez mantuve el dedo sobre el botón mucho más tiempo.

Al fin sonó un chasquido y la puerta se abrió. Me apresuré a entrar en el oscuro zaguán, pero me aseguré de que la puerta quedaba abierta antes de seguir adelante. Ya no iba a dejarme pillar si las cosas se ponían feas.

Subí los escalones de dos en dos. No podía utilizar el ascensor porque ignoraba en qué piso estaba el apartamento 42-C.

Resultó que su puerta se abría en el cuarto piso. Un resquicio de luz escapaba por la estrecha abertura. Ella mantenía asegurada la puerta con la cadena y solo asomaba parte de su rostro sin maquillaje, en el que brillaban unos ojos furiosos y cargados de sueño.

—¿Quién demonios es usted? Escandalizar a estas horas de la noche...

Le mostré mi licencia, pero no pareció impresionarse lo más mínimo.

—Necesito hablarle con urgencia. No es ningún truco para entrar en su apartamento.

—Largo de aquí antes que llame a la policía. Solo he abierto la puerta de abajo para que dejara de tocar el timbre. Habría despertado a todos los vecinos. Pero eso no quiere decir que tenga que aguantarle habiendo policía en esta ciudad.

—Llámela —dije hablando en susurros igual que hacía ella—. Tal vez le cueste explicarles sus relaciones con un hombre asesinado.

—¿De qué está hablando?

—Spier.

Fue como si acabase de recibir un golpe en el plexo solar. Jadeó y durante unos segundos no pudo hablar. Finalmente balbuceó:

—¿Quiere decir que han matado a Spier?

—Sí.

—¿Cuándo ha sucedido eso?

—Esta noche, hace apenas unas horas.

—¡Oh!

—¿Puedo entrar o tenemos que seguir hablando en el pasillo? Ya empiezo a cansarme de esto.

Tras una vacilación cerró la puerta y soltó la cadena. Después me franqueó la entrada y cerró tan pronto hube entrado.

—Y bien —refunfuñó—. ¿Qué pinta usted en todo esto? No es más que un fisgón privado.

—Cuide su lenguaje, niña, o me enfadaré. ¿No tiene nada para beber que no esté envenenado?

—¡Vaya desfachatez! —exclamó. Pero desapareció por una puerta que, al atisbar por ella, vi que era la cocina.

Encendí un cigarrillo y me senté cómodamente en un estrecho diván adosado a la pared. Ella regresó al instante con dos vasos mediados de *whisky*. Un par de cubitos de hielo flotaban en el líquido y tintineaban contra el cristal.

—He puesto suficiente para que no me pida otro —rezongó, sentándose a mí lado tras arrebujarse en su vaporoso salto de cama.

Era una mujer de unos treinta y tantos años, con bastantes arrugas en la cara y oscuros círculos alrededor de los ojos. Estos carecían de expresión, como si tras las pupilas no hubiese más que vacío.

Me fijé que su cuerpo se movía con suave cadencia, pero comprendí que eso le costaba esfuerzo. Tuve la seguridad de hallarme ante una mujer agotada, carente de vivacidad, tal vez asqueada de cuanto se agitaba a su alrededor.

—Bueno, empiece a hablar —rezongó de mal talante—. Ya que me ha sacado de la cama a las dos y media de la madrugada por lo menos no pierda tiempo. ¿Qué pasa con Spier?

—Alguien le ha rebanado el pescuezo esta noche. Supongo que usted no sabrá quién podía tener interés en separarle la cabeza del tronco, ¿eh, Joan?

—Imagino que hay mucha gente que estaba deseando hacerlo. Yo misma lo habría hecho de haber tenido valor suficiente.

—Vaya, vaya Un carácter dulce el suyo.

—¿Cómo me ha relacionado con él?

—Spier tenía un directorio telefónico con el nombre de usted, ya ve si ha sido fácil.

—Comprendo.

—Había una anotación al lado de su nombre: *Flowery*. ¿Qué significa esa palabra?

Suspiró y engulló buena parte del contenido de su vaso. Yo bebí un sorbo, que ardió en mi garganta como una llama. Era un licor de ínfima calidad, no obstante lo cual ella se lo tragaba igual que si fuera agua.

—Es una casa.

—Lo sé, en la costa. Quiero saber qué sucede en esa casa, Joan. Por eso estoy aquí.

Se sobresaltó y por primera vez pareció animarse un poco.

—¿También sabe eso? —murmuró.

—Sé que es el refugio de una pandilla de degenerados, donde celebran sus orgías. Sé que se cometen allí los mayores escándalos y que Spier solía concurrir a las reuniones. Imagino que usted también debía andar por allí desde el momento que él se tomó la molestia de anotar el nombre de ese antro junto al de usted.

Desvió la mirada y no respondió enseguida. Cuando lo hizo su voz era débil y vacilante:

Spier me conoció allí. Por lo visto le gusté más que las otras y después me llamó cada vez que organizaban una fiesta.

—Ya veo... ¿Conoció usted también a un tipo llamado Holborn?

—¿Dave Holborn? Oh, sí; ese no podía faltar... era imprescindible. Y siempre se traía alguna incauta con él, chicas que no sabían dónde se metían hasta que ya era demasiado tarde...

—Lo sé. Trate de recordar a esas chicas que llevaba Holborn.

—No las conozco. Ni siquiera sé sus nombres. Ya puede comprender que en un lugar como ese no se hacen presentaciones...

—Bien, lo imagino, pero usted debió fijarse en esas incautas, aunque solo fuera para reírse de ellas. Trate de decirme cómo eran por lo menos.

—No sé ni cómo le hablo de estas cosas... tal vez sea porque usted ya conoce la mayor parte...

—No se desvíe, Joan. De usted depende el que la policía conozca su nombre en relación con Spier y Holborn, ya que de momento solo lo sé yo.

—¿Holborn?

—Olvidaba decirle que también a él lo liquidaron hace un par de días, aunque no haya salido en los periódicos. Y ahora adelante.

A regañadientes me describió a tres o cuatro mujeres distintas, pero ninguna de ellas tenía un solo rasgo conocido para mí. Hasta que de repente

añadió:

—Olvidaba a la loca.

—¿Qué?

—Trajo a una chica hace un mes poco más o menos que fu el hazmerreír de los demás hasta que se la lleve. Era fea y carente de todo atractivo pero ella creía vivir la más romántica aventura de su vida. Debía creerse una belleza irresistible a juzgar por cómo se comportaba con Dave... Estaba majareta o jamás se había mirado a un espejo.

No era difícil saber a quién se refería, pero me limité a escuchar sin soltar prenda. Ella prosiguió:

—Spier se rio de Holborn en un momento que quedó solo, pero ese cerdo se limitó a decirle que aquella chica valía veinte millones de dólares para él. Spier dejó de reírse al instante.

—¿Y qué sucedió después?

—Nada. Holborn cometió un error al darle a fumar un cigarrillo de hierbas. A la pobre chica le dio un ataque y tuvo que llevársela cuando la fiesta comenzaba a animarse.

—¿Le dio a fumar marihuana?

—Eso he dicho.

—Comprendo. ¿No volvió usted a ver a aquella muchacha?

—No.

—¿Ni sabe cómo se llamaba?

—Tampoco. Apenas si se pronunciaban nombres allí dentro.

—Deben pagar muy bien, ¿no es cierto, Joan? Usted está bien instalada aquí...

—Eso no le importa nada en absoluto. Solo le hablo para evitar tener que hacerlo con la policía.

—¿Conoce a alguien llamado Eddie?

—¿Eddie qué más?

—Ignoro el resto. Solo sé que su nombre de pila es Eddie.

Lo pensó durante un minuto, pero acabó por darse por vencida.

—No —dijo—. No sé a quién puede referirse.

—¿Ninguno de los habituales de *Flowery* lleva ese nombre?

—Que yo sepa no.

—Está bien, siga hablándome de ese lugar. Ya que estoy aquí sacaré lo que pueda.

—¿Qué más quiere que le diga? Usted parece saber más que yo misma.

—Pero no es así. Por ejemplo: yo ignoraba que fumasen marihuana. ¿Emplean otra clase de drogas acaso?

—Algunos sí, entre ellos Spier.

—¿Quién las facilita?

—Están en la casa. No hay más que pedir las y se las dan a una.

Después le pasan la factura y si ella no tiene dinero la paga el hombre con quien ha alternado durante la noche.

—Una perfecta organización por lo que veo...

Me levanté. Ella siguió sentada y señaló el vaso con la mayor parte de *whisky*.

—No ha bebido usted —indicó.

—Es demasiado fuerte para mí —reí, mientras me encaminaba a la puerta. Detrás de mí todavía escuché su burlón comentario:

—Un tipo flojo...

La miré antes de salir. Estaba muy ocupada vaciando glotonamente mi vaso. Pensé que para olvidar lo que sucedía en las noches de bacanal pronto iba a necesitar algo más fuerte que el *whisky*.

Pensativo, bajé las escaleras y anduve distraídamente hacia donde tenía aparcado el auto. Me dije que ya era hora de acostarme. Por una noche ya tenía bastante.

CAPÍTULO VIII

Sobre el cristal de la puerta unas letras de color negro pregonaban: F. WILSON. CAPITAN.

Empujé la puerta y entré sin llamar. El capitán levantó vivamente la cabeza del documento que estaba examinando.

—Alguien debiera enseñarte educación alguna vez, Mark. La gente suele llamar a las puertas antes de entrar.

—Es un mal sistema; se exponen a que les nieguen la entrada.

Tomé asiento en una dura silla. Los ojos escrutadores de Freddy Wilson no se apartaron de mi cara.

—¿En qué nuevo lío te has metido esta vez, Mark? —indagó con evidente prevención.

—Tranquilízate, solo necesito unos datos y una autorización para examinar vuestra galería de celebridades.

—Ya veo... Observo que tienes mala cara... incluso parece como si alguien hubiese practicado sus puños contigo... No me digas que ha habido quien se ha atrevido a hacer eso.

—Oh, seguro que sí. Dos gorilas, pero no te alarmes. Los dos están peor que yo.

—Sí, seguro que eres capaz de vencer en una pelea contra dos matones. Vamos a hablar en serio, Mark, tengo trabajo. ¿Qué pasa con el archivo de fotografías?

—Quiero buscar a esos dos fulanos que me vapulearon. Llevaban revólveres y se proponían aplastarme bajo su coche para simular un accidente. Ya sabes cómo se hacen estas cosas.

Eso tuvo la virtud de sacudirle la abulia de encima. Su arrugada cara cobró interés y me espetó:

—Así que es cierto lo de la pelea... ¿Quiénes eran ellos?

—No lo sé. Ya comprenderás que no nos presentaron. Pero recuerdo sus caras con todo detalle.

Oprimió un botón y mientras aguardábamos quiso saber:

—¿Por qué querían darte el paseo? Eso es lo importante.

—Sé que no vas a creerme, pero te juro que no lo sé. Estaba trabajando en un caso sencillo y corriente y de pronto me echaron el guante y por poco no lo cuento.

—Tienes toda la razón del mundo; no te creo...

Tuvo que interrumpirse cuando alguien llamó con los nudillos.

El tipo que entró era pequeño y cargado de espaldas, de unos cincuenta

y cinco años y cara tan pálida como yo no había visto otra en mi vida.

Wilson esbozó una sonrisa.

—Hola, Jeff —dijo—. Este es Mark Benson, un «hurón» privado tan marrullero como todos ellos. No obstante, alguna que otra vez me ha echado una mano de manera que tiene derecho a un trato especial. Quiere examinar algunas de tus fotografías.

—Bueno.

No desperdiciaba palabras el fulano. El capitán se volvió a mí.

—El teniente Winter tiene a su cargo el fichero, Mark. Él te ayudará en lo que pueda. Cuéntale la clase de tipos que andas buscando y la manera cómo operaron. Y cuando termines pásate por aquí otra vez.

—Okey, viejo, hasta luego.

El silencioso teniente me llevó hasta una salita anexa a su oficina y allí me pidió con las menos palabras posibles que le describiese a los hombres que buscaba y su manera de trabajar, su *modus operandi* dijo él.

Lo hice y minutos después tenía ante mí tal cantidad de fotografías y fichas que la cabeza me dio vueltas.

—Si los encuentra avíseme —gruñó antes de dejarme solo.

Me costó más de dos horas dar con uno de ellos, el que había muerto aplastado bajo las ruedas. Los ojos me dolían de tanto fijarlos en todas aquellas caras, de manera que los cerré y me recosté en el respaldo para relajar los nervios. Al cabo de unos minutos llamé al teniente y le mostré la fotografía, adherida al álbum.

—Este es uno de los dos que busco —dije—. No quiero pasarme aquí el resto del día hasta dar con el otro. Me doy por satisfecho. ¿Puede decirme quién es este?

Miró la anotación en cifra que había al pie de la foto y volvió a salir. Cuando regresó traía una ficha en la mano.

—Su nombre es Spence Ain, aunque ha empleado distintos seudónimos para sus manejos. Ha cumplido dos condenas en Sing-Sing, una en Dannemora y una en San Quintín. Todo un historial.

—¿Qué dirección es la que consta aquí?

—Bruce Strett, mil setecientos dos, aunque esas señas son de un año atrás. Puede haber cambiado de domicilio.

—Lo comprobaré —dije tras anotarlas—. ¿Se sabe para quién trabaja?

—Eso no es asunto mío. Me limito a lo que está escrito en la ficha.

—Okey, gracias por todo, teniente. Puede guardar su colección de estrellas...

Subí otra vez al despacho del capitán Wilson y le expuse los datos que tenía sobre el fulano. Le vi fruncir el entrecejo y mirarme con redoblada atención.

—¿Estás seguro de que era ese uno de los que te llevaron de paseo?

—Sin ninguna duda.

—Es curioso...

—¿Qué es curioso?

—Nada —gruñó entre dientes—. ¿Qué piensas hacer para encontrarlo?

Le miré a los ojos. Lo que vi en ellos no me gustó en absoluto.

—Suéltalo ya, Freddy —dije—. No puedes engañarme tan fácilmente.

—Antes dime por qué tienes tanto interés en identificar a ese fulano.

—No es por él en persona por quien me intereso, sino por su jefe, alguien llamado Eddie si no me equivoco.

Se echó hacia atrás y refunfuñó:

—Hay que sacarte las cosas con fórceps, maldita sea... Pero voy a decirte algo, compañero; esta mañana han ingresado en los depósitos dos fiambres, uno de ellos aplastado como una cucaracha por un auto que todavía no ha sido encontrado. El otro había sido muerto con dos balazos de gran calibre... y el aplastado era Spence Akins. Lo he leído en el boletín del teletipo. Y teniendo en cuenta lo que tú mismo me has contado respecto a lo que iban a hacerte esos dos... bueno, sigue hablando tú otra vez, lumbrera.

—Todo lo que puedo decirte es que fui yo quien lo liquidó.

—Cuéntame. Ya discutiremos luego lo que hay que hacer.

Le detallé todo el asunto desde el momento que Spier me había tumbado con su condenado *whisky* drogado. Nunca había visto a Freddy escuchar con tanta atención.

—¿Eso es todo? —gruñó cuando callé.

—Sí.

—¿Qué estabas investigando cuando fuiste a visitar a ese Spier?

—Eso está fuera del caso. Ya te he dicho que es algo absurdo y carente de sentido. Solo le estaba haciendo unas preguntas respecto a una amistad suya y el tipo me tumbó. Después habló de que mis preguntas no eran más que un pretexto para meter las narices en sus propios asuntos... importantes asuntos dijo. También oí el nombre de Eddie aplicado al que había mandado a los dos «torpedos»...

—Eddie Waldron —refunfuñó el policía.

—¿Waldron?

—Sabemos que Akins estaba en su nómina.

—¿A qué se dedica ese Waldron?

—Cualquiera lo sabe —exclamó—. Es apostador profesional, está metido en los sindicatos de la construcción, del transporte y otros... Pero no tiene sentido que preste sus pistoleros a un cualquiera...

—Spier no es un cualquiera. Vive en un verdadero palacio en Santa Mónica.

—¿Sabes el resto de su nombre?

—Ni siquiera se me ocurrió preocuparme de averiguarlo. Eso te demostrará el poco interés que tenía para mí.

Descolgó un teléfono interior y habló con alguien pidiendo informes de un tal Spier, de Santa Mónica. Tuve que darle la dirección exacta y él la transmitió por teléfono. Tras esto colgó.

—Iremos a hacerle una visita tan pronto sepamos algo más de él, Mark —gruñó, sacando un paquete de cigarrillos y ofreciéndome uno.

Mientras lo encendía pensé que ya era hora de que alguien se preocupara un poco por el difunto mister Spier. Mi viejo amigo el capitán iba a llevarse una buena sorpresa cuando viera aquel cuadro.

No obstante, maldita la gracia que me hacía acompañarlo a casa de Spier.

—Oye, Freddy —protesté—; tengo mucho trabajo esta mañana... ¿Es preciso que vaya contigo?

—Caray con lo que sales ahora. Claro que tienes que venir conmigo. Tú fuiste el apaleado allí, ¿no es eso?

—Está bien, está bien. Todo sea por la ley.

No tardó mucho en sonar el teléfono. Wilson escuchó durante un rato, tomó notas y al final dio las gracias rutinariamente y colgó.

—Escucha esto —gruñó, mostrándome las notas—: Alphonse Spier, cincuenta y nueve años, viudo de su cuarta esposa, propietario de una cadena de restaurantes que cubren toda la costa. También es el socio mayoritario de tres hoteles de lujo, dos de ellos en San Diego y uno en Las Vegas... no tiene antecedentes de ninguna clase. Ha sido multado varias veces por conducir de manera temeraria... ¿Qué te parece?

—Un pez gordo, y no solo financieramente. Es una verdadera bola de grasa.

—Vamos, Mark, le haremos una visita.

Eran las once y media cuando el capitán estacionó el coche delante de la entrada que daba paso al extenso jardín de Spier. Sufrí un sobresalto cuando descendí del auto y vi que la puerta principal de la casa estaba abierta, pero disimulé lo mejor que pude y seguí a mi amigo hasta ella.

—Parece que son muy confiados en esta casa —gruñó, oprimiendo el botón del timbre.

Escuché el repiqueteo seguro de que nadie iba a acudir a la amada. Tal vez debido a esa seguridad casi pegué un salto al ver aparecer a la criada negra que me recibiera en mi anterior visita. Nos, mostró el brillo de su dentadura y esperó.

Freddy dijo:

—Queremos hablar con mister Spier. Policía.

Y le mostró la placa.

La ancha sonrisa se extinguió de la negra cara como si jamás hubiese

estado allí.

—Míster Spier no está en casa, señor —rezongó la sirvienta—. Ha salido muy temprano...

Yo dije:

—Anoche debió acostarse muy tarde. Me aseguró que tenía una cita importante que le ocuparía la mayor parte de la noche...

Yo estaba desconcertado. ¿Cómo la criada no había descubierto a su amo? Es más, ¿cómo podía decir que había salido temprano si estaba muerto?

El capitán me hizo una seña indicándome que callase y casi empujó a la negra para colarse al interior.

—Creo que miente usted —la amenazó—. Y si es así va a verse metida en un gran apuro, hermana. ¿Dónde está míster Spier?

—Ya le he dicho que.

—Que ha salido muy temprano —la atajó, abrupto—; pero si es así debe haber madrugado mucho después de pasar la noche fuera de casa. Y eso en un hombre de casi sesenta años no me parece lógico. ¿A qué hora se ha levantado usted?

—Yo no he dormido en la casa, señor policía —manifestó la negra con su gangoso acento—. Míster Spier me dio permiso anoche para ir a casa de mis hermanos...

—¿Y a qué hora ha venido entonces?

—A las ocho, señor. Y el patrón ya no estaba en su cuarto...

—¿Había dormido aquí?

—Sí, señor. La cama estaba deshecha y el pijama arrugado...

Era para volverse loco. De no haber estado tan seguro de lo que había visto hubiera podido creer que todo era producto de una pesadilla.

Pero ya Wilson estaba diciendo:

—Díganos dónde podemos encontrarlo en la ciudad. Debe tener una oficina, ¿no es así?

—Oh, sí, señor, pero no está allí. Precisamente acaban de llamar preguntando si míster Spier estaba aquí todavía...

—Ya veo...

Se me ocurrió que bien podía forzar los acontecimientos.

—¿No estará en el despacho? —preguté.

—¿Tantas horas? No, señor, él...

—¿Está o no está en el despacho? —exigió el capitán.

—Pueden mirarlo si quieren —dijo la negra, encogiéndose de hombros con indiferencia—. Pero perderán el tiempo... por aquí.

La seguimos hacia el despacho. Comprendí que la sirvienta todavía no había entrado en él, ocupada en la limpieza del resto de la casa. Me preparé para cogerla al vuelo cuando cayera desmayada delante del cuadro que

íbamos a encontrar.

Y se desmayó, pero solo después de habernos roto los tímpanos con sus locos chillidos, capaces de poner los pelos de punta a cualquiera.

La sostuve en brazos mientras Wilson me ayudaba a colocarla sobre un sofá que había fuera del despacho. Luego volvimos a entrar en este y el espeluznante espectáculo se nos mostró con toda su sangrienta crudeza, iluminado por el sol que penetraba por el ventanal.

—Hace muchas horas que está seco —sentenció Wilson—. Parece que alguien estaba molesto con él, ¿eh, Mark?

—Yo, por ejemplo.

—Tú debías estar algo más que molesto...

—Seguro, pero nunca habría utilizado un cuchillo para despacharlo, Freddy. Es demasiado sucio.

—No digas más estupideces.

Protegiéndose la mano con un pañuelo descolgó el teléfono y dio cuenta de su hallazgo a la Brigada de Homicidios. Después regresó al lado del cadáver y se quedó mirándolo con ojos especulativos.

De repente se inclinó y empezó a tantearle los bolsillos. Naturalmente, no encontró nada, lo cual le arrancó algunos gruñidos de disgusto.

—Absurdo —refunfuñó—. ¿Por qué tenían que vaciarle los bolsillos? Eso solo lo hacen cuando quieren retrasar la identificación, pero en este caso no tiene objeto.

No dije una palabra y me retiré a un rincón para fumar en paz, mientras Wilson se las entendía con la criada, batallando para serenarla cuando recobró el conocimiento.

No sacó nada en limpio. La muchacha estaba como loca y tardaría horas antes de coordinar las ideas.

Presenció la llegada de un teniente de Homicidios escoltado por los peritos de la Brigada. Wilson se limitó a darle cuenta del motivo que nos había llevado a la casa y eso fue todo. El teniente aceptó la explicación de su superior sin molestarme para nada.

Mientras nos alejábamos de allí, Freddy gruñó:

—Es sorprendente la cantidad de cadáveres con que tropieza uno cada vez que tú andas dando vueltas alrededor de un caso... si yo perteneciera a la Brigada de Homicidios te encerraría una temporada para tener algo de descanso.

—Sigues diciendo estupideces si no tienes nada más importante que hacer. Puedes llevarme hasta tu guarida. Mi auto está en el aparcamiento.

Siguió conduciendo en silencio hasta que detuvo el coche delante del mío. Entonces me soltó:

—Será mejor que tengas una buena explicación para los de Homicidios, Mark. Te interrogarán en cuanto terminen con el cadáver.

—Ya lo imagino, pero han cometido el error de dejarme marchar. Tal vez les cueste un poco dar conmigo...

Salté fuera del coche. El asomó la cabeza y todavía comentó:

—No cuentes con mi ayuda cuando te encierren, muchacho. No quiero ensuciarme las manos en este asunto.

—Tienes un alto sentido de la camaradería. Ya nos veremos un día de estos.

Se alejó riendo. Yo saqué mi cacharro del estacionamiento y tomé el camino de mi oficina. Solo quería echar un vistazo por si había algo urgente antes de lanzarme a jugar al escondite con la policía. No estaba en condiciones de enfrentarme con ellos todavía.

CAPÍTULO IX

Lo más urgente que encontré al llegar a la oficina fue el corpachón de Dave Fleming derrumbado sobre una butaca de la sala de espera. Respiraba como un fuelle y apestaba a *whisky*.

Estupefacto, permanecí quieto durante unos segundos, mirándolo como si no diera crédito a lo que tenía delante de mí. Yo creía que el tipo estaba ya camino de Nueva York.

Me decidí a sacudirlo, pero no resultó tarea fácil despertarlo. Cuando parpadeó y refunfuñó una protesta tuve que sujetarlo para que no se cayera fuera de la butaca.

—Vamos, Fleming, espáblese. Esto no es un hotel... ¿Qué diablos está haciendo aquí?

—¿Benson? —tartajeó.

—El mismo. No es nada fácil librarse de usted, ¿eh?

Poco a poco volvió al mundo de los vivos y unos minutos más tarde fue capaz de hablar y fijar su turbia mirada sobre mí.

—No sabía dónde encontrarle, Benson —dijo dificultosamente—. He tratado de localizarlo en su casa pero tampoco estaba allí.

—Bueno, ¿cómo no está camino del Este?

—Es difícil de explicar... he decidido mandar al cuerno al viejo Arkwright, ¿sabe? Estoy cansado de que me maneje como a un muñeco...

—Eso me parece muy bien, Fleming, pero no me aclara qué está haciendo en mi despacho, y tan borracho como de costumbre.

—Solo he bebido un poco, Benson... ¿Tiene un cigarrillo? Los he terminado.

Le di uno y tras encenderlo lo llevé al despacho interior, donde volvió a caer sobre una butaca igual que un muñeco.

—Quiero que me devuelva la pistola, Benson —dijo de repente—. Me siento mejor con ella en el bolsillo.

—¿De veras?

Asintió con un gesto. Pero yo ya estaba harto de todo el asunto, de manera que opté por ir directo al grano.

—¿Cuánto tiempo hace que no la ha disparado, Benson?

—Caray, vaya pregunta... no recuerdo haber disparado esa pistola desde hace meses... muchos meses, en una excursión... ¿por qué lo pregunta?

Dejó su pregunta sin respuesta e indagué a mí vez:

—¿Qué me dice de Holborn?

Se enderezó, luchando por sacudirse los vapores del alcohol.

—¿Conoce usted a esa sanguijuela? —barbotó entre dientes.

—Un poco. Es el tipo que iba a casarse con Norma, ¿no es cierto?

—Sí.

—De manera que usted debía odiarlo, Fleming...

—¿Odiarlo? Bueno, es una manera de decirlo. Me daba náuseas, ¿comprende? Es un bicho degenerado al que alguien debería aplastar como a una cucaracha.

—¿Está seguro de no haberlo hecho ya, compañero?

Su cargado cerebro tardó unos segundos en captar el sentido de mi pregunta.

—No irá a decirme que le han dado su merecido, Benson...

—Yo he preguntado primero.

—No lo comprendo... ¿Me pregunta realmente si he aplastado a Holborn?

—Ajá.

—Diablos, no...

—¿Para qué quiere la «Beretta»?

—Ya se lo he dicho... me gusta llevarla encima...

—Usted piensa visitar a su ex esposa, ¿no es así, Fleming?

Titubeó, pero acabó por encogerse de hombros.

—Ha acertado usted. Quiero impedir que se case con ese hijo de perra... y tal vez intente reconquistarla...

—Está loco de remate, compañero. Se propone emplear la pistola para eso, ¿no es cierto?

—Quizá me sirva para meter el miedo en el cuerpo de Holborn, esta es la verdad. O es posible que le vuele sus sucios sesos. En todo caso no es nada que deba preocupar a usted, Benson.

—Pues me preocupa, lo crea usted o no. Entre otras razones, porque tengo la impresión de que ya lo hizo usted, Fleming. Holborn está muerto.

Eso tuve la virtud de serenarle más rápidamente que una ducha.

—¿Está seguro? —balbuceó, nervioso.

—Por completo. Le pegaron dos tiros con su «Beretta», Fleming, y tengo la idea de que lo hizo usted impulsado por los celos y el despecho.

Se quedó mudo de estupor. O estaba fingiendo maravillosamente o era cierto que no sabía una palabra de lo que le estaba diciendo.

Cuando recobró el habla murmuró:

—No es posible que lo diga usted en serio, Benson... No disparé la pistola ni vi a Holborn antes de que usted me la quitase...

—Invente algo más sólido, compañero.

—¡Por todos los diablos! Le estoy diciendo la verdad... hace más de un mes que no veo a Holborn por ninguna parte... Pero ahora que se me ocurre. Benson. ¿Cómo sabe que lo mataron con mi automática?

—Yo mismo encontré las dos cápsulas vacías cerca del cadáver. Correspondían a su pistola, amigo. ¿Cuántos cartuchos había en el cargador, lo recuerda?

—La dotación... siete creo.

—Ahora no hay más que cinco y el cañón huele a pólvora que apesta. ¿Qué le parece?

—Déjeme pensar...

Se echó hacia atrás y cerró los ojos. Creí que iba a dormirse, pero al cabo de unos minutos refunfuñó:

—¿A quién ha informado de todo esto, Benson?

—A nadie.

—¿Y la policía?

—No sabe una palabra. Ni siquiera deben haber descubierto el cadáver todavía...

—Ya veo... ¿Por qué se lo ha callado?

—Me gusta saber el terreno que piso. Y ahora deje de darle vueltas a lo mismo y responda con toda claridad, con toda sinceridad, Fleming. ¿Mató usted a Holborn o no?

—No, Benson, aunque deseaba hacerlo por encima de todo.

—Es mejor que se guarde esos deseos de ahora en adelante o se verá metido en un embrollo. Pero si no lo mató usted, ¿se da cuenta de lo que eso puede significar?

—Sí.

—La pistola quedó en el coche durante toda la noche, Fleming. Usted me dijo que no la había recogido hasta el día siguiente...

—Es cierto.

Nos miramos durante unos segundos hasta que él desvió la mirada, pálido como un muerto. Casi sin voz preguntó:

—¿Qué piensa usted hacer, Benson?

—¿Respecto a qué?

—A todo lo que sabe... a la pistola...

—No lo sé.

Quiso decir algo pero la voz le falló. Necesitó un par de intentos antes de murmurar:

—¿Cree que... que fue Norma quien lo mató?

—Tuvo la oportunidad y el arma.

—Pero ella pensaba casarse con Holborn... no tiene sentido...

—Es posible que disputaran por cualquier causa. Tendré que volver a hablar con ella sobre este punto.

—Iré con usted —decidió de repente—. Quiero estar a su lado si se ve envuelta en este caso. Oiga, Benson... ¿qué va a hacer si resulta que ella lo mató?

—Solo puedo hacer una cosa, Fleming: llamar a la policía.

—Sí, claro...

—Lo llevaré conmigo, pero mantendrá la boca cerrada a menos que le diga lo contrario, ¿comprendido?

—¿Por qué he de hacer eso? Me parece absurdo.

—No quiero me estropee las cosas hablando más de la cuenta. Yo sé cómo obligar a la gente a revelar lo que guardan, así que seré yo quien llevará la voz cantante. Vámonos.

Me siguió dócilmente y se acomodó a mí lado, en el coche. Seguía tan pálido que daba pena, pero yo tenía otros motivos de preocupación para ocuparme del estado de ánimo de un borracho.

Mientras conducía el auto por entre el compacto tráfico comenté:

—Conocí a Dawne, Fleming...

—¿Y qué le pareció? Está loca, aunque todos en la casa tratan de ocultarlo.

—Eso me pareció a mí. Obsesionada por su falta de atractivos casi me obligó a declararle mi amor dentro del coche.

—Así que hizo eso, ¿eh? Es una ninfomaniaca atormentada. Si un hombre se acerca a ella y trata de mostrarse amable, lo ahuyenta sin contemplaciones, furiosa porque se imagina que solo va detrás de su dinero. Y si el hombre no le hace caso entonces se encapricha de él y acaba convenciéndose de que el tipo está loco por ella... Un caso como para echarse a llorar, maldita sea.

Llegamos a la residencia de los Arkwright sin apenas haber cambiado más palabras. Noté su nerviosismo mientras esperábamos que nos franquearan la entrada a través de la inmensa verja metálica.

El mayordomo no demostró sorpresa alguna al ver de nuevo a Fleming. Se limitó a saludarlo ceremoniosamente y precedernos hasta el saloncito de tamaño natural.

—Ahora lamento haber venido aquí, Benson —murmuró entre dientes.

—Eso debió haberlo pensado antes, de manera que cierre el pico.

La que sí pegó un respingo cuando nos vio fue Norma. No pareció gustarle lo más mínimo la presencia de su ex marido en el salón.

—¿A qué has venido, Dave? —inquirió, furiosa—. Creía que las cosas habían quedado claras entre tú y yo.

—De momento es un simple espectador —intervine—. No dirá una palabra hasta que yo se lo indique.

—¿De ver? Resulta cómico que le obedezca tan sumisamente.

Se echó a reír. Si algún asomo de color quedaba en el rostro de Fleming desapareció por completo ante tamaña burla. Le vi cerrar los puños con fuerza, pero consiguió dominarse y nos dio la espalda yendo a sentarse en el butacón más apartado y arrinconado del salón.

Entonces dije:

—Traiga ese cheque en blanco de que me habló, Norma.

Al instante olvidó la presencia de Dave Fleming. Su mirada relampagueó y se acercó tanto a mí que su aliento llegó hasta mi cara.

—¿Sabe ya quién lo mató, Benson? —murmuró, añadiendo con la misma voz contenida—: ¿Fue él?

Señaló la butaca en que casi desaparecía Fleming.

—Primero el cheque —insistí.

Giró sobre sus talones y salió del salón. Sin moverse, Fleming gruñó:

—No sé lo que pretende, Benson, pero me doy cuenta que ha descubierto la mejor manera de tratarla. Yo jamás pude hacerlo...

—Usted estaba loco por ella. Eso cambia las cosas.

—Sí, claro... y sigo estándolo. Eso debería clasificarme entre los más distinguidos cretinos del país, creo yo...

—Cállese.

—*Okey*.

No volvió a despegar los labios. Norma regresó y me entregó un cheque firmado sin cantidad alguna.

—Me parece bien —dije—. Contando los pocos días que llevo trabajando para usted, pero teniendo en cuenta que estuvieron a punto de darme el pasaporte a causa de mí trabajo, me limitaré a cobrar dos mil dólares. ¿Conforme?

—Escríbalo. Le dije que fijaría usted su precio.

—Solo el precio de mí trabajo.

Escribí la cantidad mencionada en el cheque y lo guardé cuidadosamente. Dos mil *pavos* iban a levantar mi decaída cuenta corriente.

—Ahora hablaremos un poco usted y yo, Norma —dije—. Después le diré quién mató a Holborn, tal como usted quería.

Dirigió una mirada hacia donde estaba su ex marido y no pareció satisfecha en absoluto. No obstante murmuró:

—Le escucho, Benson. Pero trate de ser breve.

—Muy bien, Norma. Usted contrató mis servicios para que localizara a Holborn, pero cuando me lo encargó sabía perfectamente dónde vivía. ¿Por qué semejante comedia?

—¿Es necesario todo esto?

—Sin duda alguna.

Titubeó, poco dispuesta a responder. Pero al fin hizo una mueca de resignación y habló:

—Es cierto que conocía su nuevo domicilio. El portero de su vieja casa me lo dio. No obstante, desde un par de semanas atrás no podía localizarlo nunca... ni siquiera por teléfono.

—¿Había ido alguna vez a su casa?

—Sí —confesó, mirando de reojo el lugar donde Fleming estaba tan callado como un muerto.

—Bien, me refiero en esas últimas semanas.

—Dos o tres veces. No pude encontrarle nunca. Creo que me esquivaba porque una de las veces que estuve allí vi su coche en el garaje.

—Comprendo... y me doy cuenta que eso la pondría furiosa, ¿verdad, Norma?

—¡Claro que me puso furiosa! Ese gusano había lamido el suelo bajo mis pies hasta que me fijé en él. No iba a consentirle que se burlase de mí después de todo lo sucedido...

—Naturalmente —asentí para confiarla—. Pasemos a otro asunto si no le importa. ¿Recuerda la noche que arrojó a Fleming fuera de su coche?

—¿Es necesario hablar de todo esto?

—Sí, Norma.

—Más parece un interrogatorio que otra cosa, a menos que me dé buenas razones para...

—No saque los pies del tiesto, Norma —la atajé bruscamente—. Cuando le revele mis razones desearé no haberlas escuchado, de manera que al grano. ¿Qué hizo después que abandonó a su marido en la calzada?

Intentó fulminarme con la mirada, pero yo estaba inmunizado contra esa clase de rayos, así es que no tuvo más remedio que acceder al interrogatorio. En el fondo creo que se daba cuenta de la gravedad que encerraban mis preguntas, aparte de que estaba alarmada por la presencia de Fleming.

—Vine directamente a casa —manifestó.

—¿Podría probarlo, Norma?

—¿Probarlo?

—Eso he dicho.

—¿Por qué diablos tendría que probar nada? Está usted adoptando una postura muy desagradable, Benson... no olvide que soy yo quien le ha pagado.

—Eso no altera en nada la situación. ¿Puede probar que vino aquí después de dejar a Fleming?

—No. Era muy tarde y todos en la casa estaban acostados.

—Mal asunto —le espeté.

—¿Por qué? Déjese de hablar de esta manera. ¿Qué es lo que sucede?

—Holborn fue muerto con una pistola italiana propiedad de Dave Fleming, una «Beretta». ¿Sabe usted a qué arma me refiero?

—La vi algunas veces en el armario donde Dave la guardaba. La trajo de Europa hace años...

—Exactamente.

Palideció. Sus ojos buscaron a su ex marido, pero el respaldo del butacón lo ocultaba por entero. Entonces se enfrentó conmigo nuevamente.

—Así es él quien lo mató... ¡Maldito sea usted, Benson! ¿Por qué quiere torturarme con la incertidumbre y su interrogatorio si ya lo sabe?

—No se dispare todavía. He dicho que mataron a Holborn con la pistola de Dave, pero eso no quiere decir que fuera este quien la utilizó. Aquella noche la pistola no estaba en su poder. Lo comprobé cuando estuvo en mi casa.

—Sigo sin comprender qué se propone...

No hice caso de su comentario y añadí despacio, recalcando cada palabra.

—La automática, Norma, quedó dentro del coche cuando usted se marchó. Cayó del bolsillo de Fleming duran el trayecto hasta mi calle.

Comprendió lo que yo insinuaba sin necesidad de aclaraciones. Una oleada de sangre inundó sus mejillas y sus ojos relucieron de furia.

—Por eso quería saber qué hice aquella noche —balbuceó—. Cree que yo maté a Holborn...

—Exactamente.

—Se ha vuelto loco, Benson. O tal vez se ha puesto de acuerdo con Dave para acusarme del crimen... Sí, eso sería una buena venganza...

—No diga tonterías. Usted pudo encontrar la pistola, y en lugar de venir aquí pudo también dirigirse a casa de Holborn para aclarar las cosas de una vez por todas. Y si él la mandó a paseo es lógico que perdiera los estribos y le soltara un par de plomos. Después de todo, usted se había separado de Fleming para casarse con el bello ejemplar...

—¡Oh, cállese! —estalló, llevándose las manos a la cabeza.

—No podrá hacer callar a la policía cuando meta las narices en este asunto, Norma. Es mejor dejar todo aclarado cuanto antes...

—¡No sucedió nada de lo que dice! ¿No comprende que Dave pudo recoger la pistola cuando regresó? Estaba como loco, y no se cansaba de proferir amenazas contra mí y contra Holborn...

—Pudo hacerlo, naturalmente. Pero se da la circunstancia de que yo creo que es inocente.

Se apartó de mí, furiosa y desconcertada. Pero a pesar de todo no me pareció asustada en absoluto.

Dio unos pasos de un lado a otro, tratando de poner orden a sus ideas. Finalmente, se detuvo de nuevo junto a mí y me miró, desafiante.

—Usted sabe ya la clase de hombre que era Holborn, ¿no es cierto, Benson?

—He formado algunas ideas. ¿Por qué?

—Entonces sabrá también que lo más importante para él era el dinero, y yo representaba la fortuna para él. ¿Por qué tendría que haberme apartado a

un lado cuando podía obtener cuanto ambicionaba?

—No deja de ser un buen razonamiento —dije entre dientes—. Pero usted misma ha dicho que de un tiempo a esta parte la esquivaba... ¡Eh, un momento!

Me quedé mudo de estupor ante lo que acababa de ocurrírseme. Casi no podía creerlo...

Atónita, Norma me sujetó por los brazos. Sus dedos se engarfiaron como garras hasta el punto de lastimarme, pero en aquellos instantes ni siquiera lo advertí. Mi mente giraba como un torbellino y nuevas ideas brotaban con la misma velocidad que las balas de una ametralladora. Y me parecían tan lógicas que me asustaban.

—¿Qué es lo que está pensando, Benson? —casi gimió la mujer, impresionada por algo que estaba viendo en mi cara—. ¡Por favor, no me mire así...!

Pestañee y entonces me di cuenta de la manera cómo me tenía sujeto. Su cuerpo casi me rozaba y hubiese podido besarla con solo inclinar un poco la cabeza.

—Creo que... Me parece que ya lo tengo —dije sin voz.

Siguió mirándome, anhelante. Su perfume me envolvía igual que un manto pero apenas si lo notaba.

—Mark... —susurró—. ¿Qué es lo que está pensando?

—¿Dónde dejó el coche aquella noche, Norma?

—¿El coche? En el gara... No —exclamó de pronto—. Estaba muy cansada cuando llegué, y furiosa por la escena con Dave. Lo dejé frente a la puerta para ganar tiempo. Enseguida subí a acostarme. ¿Qué importancia puede tener esto?

—Mucha. ¿Dejó las llaves en el contacto, lo recuerda?

—Sí, siempre las dejo. Las pocas veces que las saco acabo perdiéndolas.

—Así cualquiera pudo utilizar el auto, ¿no es cierto?

—Claro, pero nadie suele coger nunca el «Bentley»... ¡Santo cielo! ¿Es que insinúa...?

No pudo terminar. Sus dedos seguían hincándose en mi piel y su aliento azotando mi cara cuando una voz rota chilló desde la puerta:

—¡Suéltalo, Norma! ¿Me oyes? ¡Suéltalo... perra!

Nos volvimos en redondo. Allí estaba Dawne con su mirada de loca, una leve espuma en las comisuras de la boca y un largo estilete en su mano derecha.

CAPÍTULO X

Nos quedamos paralizados de estupor y espanto. El aspecto de la muchacha era espeluznante, con sus ojos desorbitados, los dientes apretados y la espuma ensuciando su boca.

Y el maldito estilete en su mano. Yo sabía que un loco, por débil que parezca, posee una fuerza sobrehumana. Si añadimos a ello un cuchillo tendremos un cuadro muy poco agradable.

A mi lado, Norma empezó a temblar como una hoja sacudida por un vendaval. Apenas la oí cuando susurró el nombre de su hermana. Pero impulsada por el terror se apretó contra mí inconscientemente.

Al instante, Dawne avanzó un paso y gritó otra vez:

—¡Apártate de él, zorra!

Norma me miró, implorante. Yo dije suavemente, dominándome a duras penas:

—Apártese, haga lo que le dice. Pero retroceda hasta colocarse detrás de mí...

Lo hizo con pies que apenas si la sostenían. El rostro de Dawne semejaba una máscara demoníaca mientras seguía a su hermana con la mirada.

—¿Qué te sucede, Dawne? —dije para distraerla.

—Deja ese cuchillo antes que te hagas daño. Después hablaremos tú y yo... tenemos mucho de que hablar, ¿no crees?

—Sí, sí... pero antes he de acabar con esa perra... ya no me quitar a nadie más...

—Vamos, vamos, Dawne, olvídale. No va a quitarte nada.

—Siempre se ha burlado de mí... ella ha tenido cuantos hombres deseaba... los destrozaba cuando se cansaba de ellos... ¿Sabes lo que hizo con el pobrecito Dave? Pero claro que lo sabes... y si alguno me quería a mí ella me lo quitaba... no tenía suficiente con burlarse...

Detrás de mí Norma gimió como animalillo asustado, pero no podía ocuparme de ella. Pensé en Fleming y deposité en él mis esperanzas. Por sorpresa era posible arrebatarme el cuchillo... Con tal que no tardara mucho. No iba a poder contenerla mucho tiempo. La llama de su locura se agitaba cada vez más violentamente en el fondo de su desorbitada mirada.

—Escucha, Dawne —insistí—. Salgamos de aquí, ¿quieres? El otro día iniciamos una conversación, ¿recuerdas? Podemos terminarla ahora, a solas...

—Sí, sí... después, cuando esa perra...

Avanzó dos pasos más. Quedó peligrosamente cerca de mí. Era una situación delirante. Yo tenía un revólver en el bolsillo, pero no podía disparar contra una demente...

Su voz embarullada balbuceó, deteniéndose:

—¿Sabes, Mark? Quería hacer lo mismo contigo... engañarte... como engañé a Dave... iba a apartarte de mí como hizo con Willie...

Noté una afilada garra enganarse en mi estómago. Ya estaba.

—¿Te refieres a Willie Holborn? —pregunté suavemente.

—¿A quién si no? Willie me llevaba a fiestas, y bailaba conmigo... y hablaba y hablaba, aunque yo solo comprendía que iba a casarse conmigo... era el primer hombre que quería casarse conmigo... me amaba... y esa zorra me lo quitó, ¿lo sabías esto, Mark?

—No —dije—. Sigue hablando, Dawne; eso es muy interesante.

—Tú sabes... me dijeron que Norma iba a casarse con él tan pronto consiguiera el divorcio. Creí morirme y fui a ver a Willie para preguntarle a él...

—De noche y con el coche de tu hermana, ¿verdad, Dawne? Lo encontraste en la puerta... el «Bentley»...

—Sí —asintió sencillamente—. Ella lo había dejado allí.

—¿Quién te dijo que Norma iba a casarse con Holborn?

—Una sirvienta. Era la comidilla de toda la servidumbre.

—¿Y encontraste la pistola en el coche?

—¿La pistola? —me miró y avanzó otro paso—. Sí, claro, la pistola. Estaba sobre la alfombra.

—¿Qué sucedió con Willie?

—No sé... no lo recuerdo muy bien... pero sí recuerdo que todo se volvió rojo... y la pistola se calentó mucho dentro de mi mano y se disparó... y todo era rojo... como ahora...

—¡Quieta, Dawne! —grité al verla avanzar.

—No te haré daño, Mark... es a ella...

En aquel instante, la voz chillona de Dave se elevó desde su sitio.

—¡Dawne! —gritó.

Sorprendida, la muchacha se detuvo un instante. Dave se movió mucho más rápidamente de lo que cabía esperar de un beodo y algo voló como un proyectil y fue a estrellarse en el estómago de Dawne.

Esta lanzó un grito y soltó el cuchillo. Cayó de rodillas llevándose las manos al vientre y gruesos, lagrimones comenzaron a brotar de sus ojos.

Me apresuré a apoderarme del cuchillo. Dave estuvo a mí lado en dos saltos y entre los dos sujetamos a la muchacha, cuyo llanto se desbordaba ya como una catarata. Parecía olvidada de cuanto había sucedido. Solo lloraba con inmensa amargura.

Vi a Norma muy pálida, apoyada en una silla, y le grité:

—¡Llame a alguien que cuide de esa chica!

No tardó en acudir la misma mujer que se hiciera cargo de Dawne la primera vez que la viera. Cuando se la hubo llevado quedamos mirándonos los tres pálidos, y sin acertar a pronunciar palabra.

Fue Fleming quien primero recobró la voz.

—¿Qué va a hacer usted, Benson, contará todo esto a la policía?

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Se trata de un homicidio... A menos que encierren a esa chica en un lugar seguro. Tienen dinero suficiente para llevarla a un buen establecimiento dedicado al cuidado de esta clase de enfermos.

—¿Si le prometo encerrarla, Benson, no revelará nada de esto?

La incredulidad vibraba en la voz de Norma.

—Le doy mi palabra. Sé el escándalo que se levantaría con la posición que ocupan ustedes.

—Casi no puedo creerlo... ¿qué quiere a cambio de su silencio, Benson?

La miré no sabiendo si reírme o soltarle un par de bofetadas.

—Veo que mide a los demás según su propio patrón, Norma. Le dije una vez que yo no me vendo. Lo único que quiero es evitar que Dawne pueda provocar otra desgracia, eso es todo.

Inesperadamente se echó en mis brazos y me besó furiosamente. Después se quedó apretada contra mí, llorando y llenándose de lágrimas la solapa de la chaqueta.

Por encima de su hombro miré a Fleming, que no parecía muy afectado por lo que estaba viendo.

—No tengo nada que ver con esto, amigo —gruñí.

Me sonrió. Suavemente, aparté de mí el río de lágrimas y dije:

—Le doy tres días de tiempo, Norma, para arreglar el asunto de su hermana. ¿Viene usted, Fleming?

—Este... yo... No, Benson, creo que me quedaré un poco más.

—Okey, como quiera. Es más estúpido de lo que había creído. Pero no vuelva a cruzarse en mi camino cuando vuelvan a arrojarlo de un auto, por que entonces le dejaré tirado hasta que le recoja la perrera... Buenas noches.

Los dejé solos barruntando que entre unas cosas y otras se arreglarían otra vez. Compadecí sinceramente a Fleming.

* * *

Mi siguiente visita antes de la noche fue para el capitán Wilson. Me sonrió de oreja a oreja cuando me vio.

—Bueno, Mark —runroneó—. Ya lo tenemos.

—¿Qué es lo que tienen?

—A Eddie Waldron. Él se cargó a Spier.

—Que me emplumen si lo entiendo. ¿Por qué lo hizo? Fue él también quien le prestó los pistoleros para que me dieran el pasaporte.

—Puede decirse que tú has sido la causa de semejante cataclismo. Algunas veces hay que reconocer que eres útil...

—Al grano, voceras.

—Drogas —me espetó—. Ahí está el nudo de la cuestión y el origen de la fortuna de Spier, Waldron y algunos otros. Spier creyó que eso era lo que tú andabas buscando, entre otras razones porque Holborn comenzaba a desmandarse y a pedir más comisión. Y tú le nombraste a ese individuo, ¿no es cierto?

Casi me caí de espaldas.

—¿Cómo diablos lo has averiguado?

—Waldron ha confesado cuando se ha visto acorralado. El mismo Spier le contó tu entrevista, pero estaba tan aterrorizado que insinuó sus deseos de abandonar este negocio. Ya había conseguido situarse respetablemente, ¿comprendes? Entonces fue Eddie el que se asustó: Spier representaba un peligro si se separaba de la organización... y decidió cerrarle la boca.

—Comprendo... pero Spier ya estaba acostado. ¿Cómo es que lo mató en el despacho?

—Lo llamó por teléfono primero y le contó un cuento sobre un supuesto ayudante tuyo que conocía tus propósitos de visitar a Spier. El gordo cayó en la trampa como un pajarito. El resto fue fácil para Waldron... entretuvo un poco a Spier con su charla hasta que se colocó detrás de él y le rebanó el pescuezo. ¡Valiente pandilla!

—¿Alguien ha encontrado ya a Holborn?

—Los de la Brigada. Presumo que también sabes mucho sobre eso, de manera que vas a prestar una declaración y...

—Para el carro, compañero. No sé nada del asunto. Vi a Holborn muerto cuanto intenté entrevistarle, eso es todo.

—Y lo callaste...

—Claro. No me gusta que la policía me atosigue. Tus colegas de Homicidios disfrutaban endosándome muertos. Ya estoy harto de ese juego. ¿Tiene más noticias?

—He acabado, pero tal vez tenga algo más que decirte cuando descubran al tipo que se cargó a Holborn...

—Bueno, les deseo suerte. Me alegro que hayas pescado a Waldron.

—Ya lo he traspasado a Homicidios. ¡Eh! ¿Por qué tantas prisas?

Respondí desde la puerta.

—Tengo una cita muy importante, Freddy...

—Ya veo.

—Negocios.

—¿A qué diablos llamas tú negocios?

Cerré la puerta antes que le entraran ganas de interrogarme en serio respecto a Holborn. Afortunadamente, Freddy Wilson no pertenecía a Homicidios...

Me dije que las horas de angustia habían terminado. No más pistoleros, ni coches lanzados sobre uno, ni más oscuridad...

Joan. Ella era como una luz brillando en el fondo del caso que había estado a punto de costarme el pellejo.

Fui en su busca y...

Pero eso ya no interesa a nadie más que a mí.

F I N



LA HORA DEL ASESINO

por

PETER DEBRY

Joey Martyn cabeceó como un toro buscando carne sólida, a la vez que retrocedía colgantes los brazos.

Hubo un imponderable que hizo fracasar los cálculos de Atilano.

Uno de los barriles contenía jabón líquido, y había un escape en sus arqueadas tablas.

Atilano colocó debidamente el impulso de su peso en el bien dirigido gancho al estómago, preludio del izquierdazo demoledor.

Pero la suela de su zapato penetró en la pequeña zona del entarimado donde se habían estancado las gotas del jabón.

Perdió el equilibrio, aunque su zurda chocó con redoblada fuerza contra el pómulo de Martyn. Y éste, que había tomado también la justa distancia para estampar su doble puñetazo, se encontró con un rostro que venía a chocar contra su puño cerrado.

Fue un doble K.O. imprevisto.

*Una de las mejores novelas de PETER
DEBRY, el autor de fama universal...*

LA HORA DEL ASESINO

*¡Adquiérala en el próximo número, antes de
que se agote!*

EL FIN DEL MUNDO



Quizá la fecha esté muy próxima a nosotros. Los científicos que trabajan para la guerra pueden provocar la hecatombe final. Basta con que alguien oprima un botón en Washington o en Moscú.



MARABU ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. + Impreso en España - Printed in Spain

VETERANO
tiene
ESO...

un **VETERANO** SABOR!...

OSBORNE *Fundada en 1772*